

JOSÉ SELGAS

HECHOS
Y
DICHOS

IDILIO PATIBULARIO
EL BANCO.—CUENTA CORRIENTE
LA EMOCION DEL DIA
LOS SUICIDIOS.—FRASES HECHAS

SEVILLA: 1879

FRANCISCO ALVAREZ Y C.^o, EDITORES

Tetuan, n.º 24

JOSE SELLAS

HECHOS

DICHOS



ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

GOBIERNO DE PUERTO RICO

SECRETARIA DE ESTADO

ANT
XIX
728

HECHOS Y DICHOS

JOSE SANCHEZ

HECHOS

DICHOS

HECHOS Y DICHOS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE FRANCISCO ALVAREZ Y CA.
CALLE DE S. M. Y DE S. A. RR. LOS SERMOS. SRES. INFANTES
DUQUES DE MONTPENSIER, 12.



SEVILLA

Establecimiento tipográfico de **Francisco Alvarez y C.^a**,
impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes
Duques de Montpensier.

20 cws.

R. 71.871



JOSÉ SELGAS

HECHOS
Y
DICHOS

(Continuacion de las COSAS DEL DIA)

IDILIO PATIBULARIO
EL BANCO.—CUENTA CORRIENTE
LA EMOCION DEL DIA
LOS SUICIDIOS.—FRASES HECHAS

SEVILLA: 1878

FRANCISCO ALVAREZ Y C.^ª, EDITORES

Tetuan, n.º 24



JOSE SELLAS

HECHOS

DICHOS

ES PROPIEDAD

LIBRO PATENTE N.º
1.234.567
DE LA
COMISIÓN NACIONAL DE PATENTES

REVISTA

EDICIÓN ALVARO J. G. RODRIGUEZ

1925

0103 IDILIO PATIBULARIO

NOEMIA LESCUYER

No siempre ha de ser España el país de las cosas, porque, sin ir más léjos, al otro lado de los Pirineos hay unos vecinos que las suelen tener estupendas, y seríamos el pueblo más original de Europa si Francia no nos disputara con frecuencia el privilegio de las singularidades, colocándonos en la situación subalterna de simples imitadores; no nos queda, por lo visto, otra manera de hacer algun papel en la gran comedia del concierto europeo, y nos es absolutamente preciso vivir en los cultos tiempos en que vivimos.

Nos hallamos en presencia de uno de los casos en que la nacion vecina tiene indisputable derecho á mirarnos por encima del

hombro, y en este punto no nos queda más remedio que bajar la cabeza y seguir formando á la cola de la civilizacion que nos perfecciona. Confesémoslo ingénuamente: todavía no hemos llegado á las últimas alturas, porque en el orden lloron del sentimentalismo trascendental estamos aún en mantillas.

Es cierto que cada uno puede hacer de su sensibilidad el uso que tenga por conveniente, y si la vida teatral que nos damos no nos proporcionara alguna vez que otra ocasiones en que poder derramar algunas lágrimas, sería cosa de morirnos de risa.

Es evidente que el desorden de las ideas trae siempre consigo el extravío de los sentimientos, ó lo que es lo mismo, el sentido moral se pierde á costa del sentido comun. Así es, que la perversion, que cunde por todas partes, cuenta con la inmensa complicidad de muchas gentes, que en honor de la verdad, no quieren ser malas, pero que en último resultado, no saben bien ser buenas; gentes pervertidas de buena fé y dominadas por lo que me atrevo á llamar el mal gusto de los sentimientos.

Esta subversion de los afectos, esta revolucion hecha en la ternura de los corazones sensibles, causa grandes estragos en las mu-

jeres, y principalmente en aquellas que la fortuna ó la desgracia ha colocado más cerca de las disipaciones de la vida.

Perdónenme la audacia de la frase en que se me presenta hecho el resúmen de todo mi pensamiento, en gracia de la exactitud que encierra y de la franqueza con que lo digo: el mal ha encontrado su auxiliar más poderoso en el vulgo de los buenos: vulgo tan vulgo en los palacios como en las calles.

El asunto que me tiene en este momento con la pluma en la mano, reúne todas las circunstancias necesarias para conmover nuestro ánimo. Por una parte es novelesco, y por otra histórico; es á la vez dramático y jurídico; pertenece á un género enteramente nuevo, que podemos designar con el nombre de *idilio patibulario*. ¡Nada más tierno ni más terrible! Los periódicos nos han traído la relacion del caso, que en efecto, merece ser conocida, aunque sea triste conocerla.

María Antonieta Noemia Lescuyer, es una hermosa jóven de diez y ocho años, rubia, que vive en Grandpré, ejerciendo tranquilamente el oficio de costurera. Si á una mujer jóven y hermosa, y además costurera, que supone cierta comunicacion frecuente con los espejos, le es permitido ignorar su juventud y

su belleza, convendremos en que Noemia Lescuyer ignoraba que era hermosa y joven; pero hé aquí que Bruno Huaux, cordonero, establecido tambien en Grandpré, tiene ojos en la cara, y por lo visto, un corazon demasiado sensible á los encantos de la juventud y de la belleza.

Es de suponer que Huaux presentaria formalmente sus pretensiones acompañadas de todas las protestas y juramentos convenidos para estos casos; y es de presumir que Noemia los creeria á puño cerrado, porque en este punto la credulidad de las mujeres es incorregible; y por esas impaciencias tan propias del corazon humano, quieras que no quieras, se apropiaron mutuamente ántes de pertenecerse. Y véase aquí el caso frecuente de las seducciones: ella fué débil ántes que él tuviese tiempo para ser inconstante. ¡Cuántas veces la inconstancia de los hombres es obra de la debilidad de las mujeres!

Es un fenómeno muchas veces repetido que la mujer apele como á su única fuerza contra las veleidades del corazon del hombre, á los encantos del rostro, á los meros atractivos de la persona, cuando en realidad, toda su fuerza consiste en las virtudes. Las alucinaciones de los sentidos son por su naturaleza

pasajeras. Si el amor no es más que un apetito, el hombre no es más que una bestia.

Noemia fué débil, y Huaux, no queriendo ser ménos, fué inconstante; dos debilidades, dos miserias humanas que andan por el mundo casi siempre juntas. Ella pensó que habia sido engañada: ¿cuándo? ¡Cruel contradiccion! En el momento mismo del desengaño. Él pensó en casarse: ¿con quién? ¡Terrible lógica! Sin duda con una mujer más fuerte, ó ménos débil que Noemia.

Noemia en Inglaterra habria mirado las cosas por un lado más positivo, habria acudido á los tribunales, y el inconstante Huaux no hubiera tenido más remedio que pagar su seduccion con unas cuantas libras esterlinas. La mujer inglesa puede levantar muy alta la frente, sean las que quieran las fragilidades de su vida, porque las indemnizaciones en metálico ponen su honra á cubierto de toda sospecha. Así, si Eva hubiera sido inglesa, es posible que Inglaterra se creyera todavía en el Paraiso.

Noemia en Francia pensó de otro modo, y desde luégo creyó que el matrimonio de Huaux no se verificaria. ¿Por qué? En España no es todavía enteramente libre el seductor. Aún las leyes conservan cierto espíritu hidal-

go que las obliga á amparar el honor de la mujer seducida; pero la heroína del caso que refiero se hallaba en Grandpré, y quién sabe con qué títulos podía reclamar el cumplimiento de la promesa hecha por el hombre que la habia engañado.

Ello es que pensó más en su venganza que en su virtud, y, lo que sucede siempre, se acordó de su inocencia despues de haberla perdido. Las pasiones tienen tambien su literatura y la pasion que agitaba el corazon de Noemia Lescuyer pertenecia decididamente al género romántico. La virtud le hubiera ofrecido, por todo consuelo, la resignacion y el arrepentimiento; pero ella queria ir más allá, añadiendo el crimen á la culpa.

Huaux ignoraba, por lo visto, que en aquellos diez y ocho años, llenos de belleza y de vida, no era todo fragilidad, y que, debajo de las debilidades del amor, ocultaban todas las fierezas del odio. ¡Y qué contrastes ofrece el mundo! Ella se encontraba con el desengaño de una ingratitud; él con la muerte, que es el último desengaño de la vida. Huaux, pues, no conocia á Noemia, así como Noemia no lo habia conocido ántes. Se habian amado sin conocerse.

Una tarde salió el ingrato de un café, que

probablemente tendria costumbre de frecuentar, y como el raton en la boca del gato, se metió en una calle oscura y desierta á cuyo extremo lo esperaba la víctima de su inconstancia. Noemia estaba allí como la muerte está en todas partes. La mano de la costurera sabia, por lo visto, manejar el puñal con la misma destreza que la aguja, y Huaux se vió en un abrir y cerrar de ojos, cosido á puñaladas.

Hasta aquí el relato no ofrece ninguna circunstancia extraordinaria. Un amor, una culpa, un crimen.... este es el órden rara vez alterado. De todas maneras, el hecho debió causar en Grandpré sensacion profunda, y en algunos dias es seguro que no se habló de otra cosa. Pero, yá se vé, el Tribunal de Asises de Charleville, que hasta entónces habia creído que un asesinato es un crimen, se puso muy formalmente á averiguar la verdad del caso, y una vez instruido el proceso, se encontró con que María Antonieta Noemia Les-cuyer, costurera, habia asesinado á Bruno Huaux, cordonero, con premeditacion y alevosia, porque esta infeliz criatura tuvo la impremeditacion de creer en los falsos juramentos de Huaux. Á los diez y ocho años el corazon tiene necesidad de creer en algo, y acaso la desventurada Noemia no creia en otra cosa.

II

EL TRIBUNAL

El aspecto dramático del suceso no podía ménos de conmover al público, y en la imaginacion extraviada de la multitud la figura de la culpable comenzó á tomar las proporciones del heroismo. Muy bien: pero ¿y el tribunal?... El tribunal examinó los testigos, leyó la acusacion, oyó el informe fiscal y la defensa.... Vió claramente que Noemia, por celos ó por venganza, por amor ó por ódio, habia asesinado á Huaux, por sorpresa, al volver una esquina, en medio de la soledad de una calle oscura; y haciendo de su capa un sayo, absolvió á la procesada y se vió coronado de aplausos por la numerosa concurrencia que habia asistido á los debates, y Noemia Lescuyer fué inmediatamente sacada de la cárcel en triunfo.

Realmente, una pobre muchacha de diez y ocho años engañada por las promesas de un hombre es, sin duda, digna de compasion y de amparo, por mas que ella misma haya sido cómplice de su seductor; pero esa misma jóven de diez y ocho años, bella como Vénus y rubia como el oro, que medita largo tiempo el asesinato y lo consuma con todas las circunstancias de la venganza, es, diga lo que quiera el sentimentalismo de esta época sin sentimientos, una figura repugnante. Su juventud, su belleza, su pasion misma no tiene fuerza para disculparla. No es el arrebató súbito de la pasion exaltada, es la sangre fria de un rencor calculado. No es el sentimiento del honor ofendido, porque un crimen no borra una falta; una debilidad humilla, avergüenza, pero el delito deshonra.

Mas dejemos á la multitud, siempre ansiosa de espectáculos y novedades, el honor de esa apoteosis. ¿Quién duda que la explosion de sus aplausos habrá encontrado eco en los calabozos de las cárceles y bajo los sombríos techos de los presidios? Y ante la unanimidad de semejante ovacion, ¿qué hemos de hacerle? Así se verifica la union de todos los corazones en un mismo sentimiento. Alguna vez habia de llegar el caso en que las gentes

honradas hicieran públicamente la causa de los criminales. Si bien se mira, el caso no es absolutamente nuevo; la política ha divinizado ya todos los crímenes: ¿por qué la sociedad ha de ser ménos?

Enhorabuena; nosotros, á título de multitud, somos irresponsables. ¡Irresponsables...! Acaso llegue un día en que la maldad nos ajuste la cuenta de lo que debemos en razon de lo que le damos. Entretanto, quiero decir que hemos convenido por pura sensibilidad en que el mal tiene derechos. La escena debió ser en efecto conmovedora, pues se puede decir que ha conmovido hasta el último fundamento del órden social. ¡Qué espectáculo!

¿Y qué hacemos con el tribunal de Asises de Charleville? ¿Nos será lícito acusarle ante el sentido moral de la justicia humana, sin que se vuelvan contra nosotros las lágrimas del auditorio enternecido y los aplausos del concurso entusiasmado...? Pero nó; el tribunal de Charleville, en su calidad de jurado, no ha sido más que una continuacion del público, la comision nombrada por el vulgo de todas las clases para rendir el homenaje de la absolucion ante la figura simpática y encantadora del asesinato. Al condenar Pilatos al Justo, al Hijo de Dios, se lavó las manos en

agua en el balcon del Pretorio delante del pueblo amotinado; el tribunal de Charleville, al absolver al asesino en la persona de Noemia Lescuyer en presencia del público enternecido, se ha lavado tambien las manos; pero se las ha lavado en sangre.

¿Por qué hemos de ocultarlo? El veredicto absolviendo á la culpable es, en resúmen, la sentencia de muerte moral dictada contra la justicia por su mano, y establecido este principio, los tribunales no son yá más que artículos de puro lujo. Un crimen trae otro crimen: el asesinato de Huaux ha producido el suicidio del tribunal de Charleville.

No es, sin embargo, una sentencia de todo punto arbitraria, porque en fin, ¿qué es lo que el tribunal declara? Declara sencillamente que Huaux ha sido muy bien asesinado. ¿Y qué? ¿Acaso no es cierto? Las puñaladas asestadas por la mano inocente de Noemia ¿han podido ser más seguras, más certeras ni más profundas? ¿Qué más podia pedirse á tanta debilidad, á tanta juventud y á tanta belleza!

Aquí todo es completo: Huaux que seduce, Noemia que asesina, el jurado que absuelve y el público que aplaude enternecido. ¡Dios mio, y aún hay salvajes en el Congo!

EL BANCO

sencia del Banco de España detengámonos é imaginemos que ese es su nombre de guerra, su designacion teatral, el nombre que, digámoslo así, lleva en el siglo, y cuyo sentido íntimo, cuyo sentido familiar debe ser este: Banco de la paciencia.

No hay que impacientarse, porque las cosas no salen á medida de nuestro deseo, y al fin y al cabo preciso será reconocer que una suma enorme de millones de pesetas lanzada á la circulacion en la frágil forma de billetes, es, sin duda alguna, un sueño de oro, pero sueño del que hay que despertar de vez en cuando. El remedio contra semejantes eventualidades consiste en cerrar los ojos y volver á dormirse, porque no hay que darle vueltas al gran edificio del Banco de España, en razon á que, ¿cómo han de subir los billetes á las alturas mercantiles del Banco, cuando precisamente están en baja? Francamente, ¿se puede obligar á tan poderoso establecimiento á que recoja lo que por todas partes se desprecia? Cuando nadie quiere los billetes del Banco, ¿ha de ser el mismo Banco el que los tome?

Y en realidad, si en materias fiduciarias puede haber realidad alguna, ¿qué significa la depresion que los billetes del Banco experimentan? Significa que el público no las tiene

todas consigo, que teme una salida de pié de banco, que no le llega la camisa al cuerpo y pide no sé que fabulosas cantidades de millones que se ha empeñado en creer que son suyas. Esto es recelo, desconfianza, ultraje. ¿Y qué se pretende? Se pretende.... ¡friolera! que el Banco, por la bella cara del público, pague á toca teja y duro sobre duro el desprecio que se hace de sus billetes. ¿Y cuándo se le quiere imponer este doble sacrificio á su dignidad y á su cartera? ¡Qué locura!... ¡Cuando sus acciones obtienen un premio de ciento noventa y cuatro por ciento!... Esto es inaudito.

Vosotros, simples tenedores de billetes, quereis que el Banco tire por la ventana el triplicado valor de sus acciones, para recoger de vuestras manos un papel que vosotros mismos despreciais. «Es suyo,» decís. ¡Suyo!... Pues bien, si es suyo, ¿cómo pretendéis que lo pague? Fijémonos bien en este punto que la cuestion ofrece. Si los billetes del Banco son del Banco, no tiene el Banco por qué pagarlos; si son vuestros, ¿por qué ha de ser el Banco el que los pague?

¡Ah! sí; seamos razonables. Esos billetes salieron del Banco en todo su valor; tendísteis ávidamente las manos para recogerlos, y

tomásteis diez por diez, ciento por ciento, mil por mil; ningún descuento os impuso la generosidad del Banco al aligerar vuestros bolsillos del incómodo peso del dinero, sustituyéndolo con la comodidad de los billetes. ¿Qué sucede ahora? Sucede que en vuestras manos esos mismos billetes han ido perdiendo primero, el uno, luego el dos, después el tres por ciento; y así, ni más ni menos, con vuestras manos limpias, como si no hubiera más que llegar y besarla durmiendo, queréis que el Banco os abone ese tres por ciento que entre vuestras mismas manos han perdido los billetes. La cantidad que cada uno de ellos representa, ahí la teneis inalterable como la palabra del Banco, impasible como el Banco mismo: cien veces y de cien maneras repetida, indeleblemente grabada sobre el papel, como si se hubiera querido imprimir en ella un valor inmutable y eterno. ¿Qué os falta? ¡El tres por ciento! Pues bien, yo pregunto: ¿qué habeis hecho de la diferencia? ¿Pretendeis que pague el Banco lo que vosotros habeis perdido?

¡Vuestro dinero!... ¡Ah! ¡vuestro dinero! Sí; el Banco viene á tener en metálico catorce millones de pesetas; en la casa de la Moneda, veintinueve á treinta millones en barras de

oro y plata, lo cual quiere decir que el Banco no se pára en barras y sólo se ha reservado la barra de hierro con que atranca la puerta para que no entren los billetes: tiene además en cartera trescientos millones. Todo esto es activo; millones continuamente ocupados en sí mismos sin que sea posible distraerlos de su asídua tarea. Por eso, volviendo los ojos al capital pasivo, nos encontramos con ciento siete millones en billetes, que andan buscando por esos mundos tres millones de pesetas que hace dos meses pierden casi diariamente de una mano á otra.

¡Vuestro dinero! ¡Valiente cobarde es vuestro dinero! Se esconde en el momento en que averigua que el papel pierde valor; el dinero que todo lo puede y el papel que todo lo quiere; hé ahí los dos héroes del gran poema de nuestra prosperidad. Á lo ménos el papel, cuando más valor pierde es cuando ménos se esconde.

Pero bien, ¿qué hace el Banco?

Vamos á verlo.

oro y plata, lo cual quiere decir que el Banco no se para en barras y sólo se ha reservado la parte de hierro con que ataca la puerta para que no caigan los sillones, tiene además en su oficina trescientos millones. Todo esto es un activo millonario, convenientemente ocupado en sus negocios sin que sea posible distraer de su salida nada. Por eso, volviendo los ojos al capital pasivo, nos encontramos ochocientos millones en billetes, que andan buscando por los montes tres millones de pesetas que hace dos meses pierden casi diariamente de una mano a otra.

Nuestro director, el señor Colado, es un hombre de escanda en el manejo de que vive tan quieto, el papel que vale el dinero que todo lo puede y el papel que todo lo pierde, de ahí los billetes del Banco por los que se nos va perdiendo. A lo menos el papel que vale el billete, más valor pierde cuando se nos va perdiendo. El Banco del Estado se encuentra en un estado de prosperidad que le permite por ejemplo, la prosperidad de la casa que se vende y compra, resultando en tal manera que el billete de cinco y el de diez, se ven en el momento oportuno. Pero para el Banco la prosperidad por los billetes

II LAS ACCIONES

Ante todo, entendámonos: en el nuevo orden de las gerarquías humanas lo que hay que ser yá en el mundo es Banco; pero sobre ser Banco hay todavía más: ser Banco de España. Por de pronto, no tiene rival ni semejante, en atención á que es único; posee una naturaleza realmente privilegiada, y es inviolable. Yá se vé, la prosperidad consiste en ésa feliz combinación de circunstancias que se tejen alrededor de nuestros negocios. Para una araña, por ejemplo, la prosperidad es la tela en que se envuelve, y una vez tendida la red, no tiene más que cruzarse de brazos y esperar el momento oportuno. Pues bien, al Banco le sonríe la prosperidad por todas par-

tes, todo se lo encuentra hecho, y claro está, no hace nada.

No se crea por esto que se pasa la vida mano sobre mano.

«Divide y reinarás,» ha dicho la sabiduría de las naciones, y si este principio aplicado á la política va siendo el fin de los reyes, merced á las luchas de los partidos, ó lo que es lo mismo, al juego de las instituciones, aplicado á los vastos negocios de la alta banca, suele dar felices resultados; y hé aquí que, á lo que se vé, el Banco lo aplica á dos manos, es decir, por partida doble, porque el alma de los Bancos es el *dividendo*. Así se vé, que divide entre los accionistas respetables intereses, al mismo tiempo que divide entre los tenedores de billetes descuentos tambien respetables.

¿Qué más puede pedírsele?

Conviene no desconocer la naturaleza de las cosas para no perderse en el laberinto de esta sencillísima cuestion de toma y daca. Decir *activo*, es tanto como decir accion, y por eso el dinero, que es el capital más positivo, va naturalmente detrás de las acciones. El papel es el capital pasivo, esto es, el que padece, y por eso tiene que sufrir siempre las mutilaciones de los descuentos. Las acciones

son hechos, mas bien, dinero; los billetes son valores imaginarios, mejor dicho, papel. Ahora bien: diez y nueve por ciento de ganancia á las acciones, tres por ciento de descuento á los billetes. Tal es el órden equitativo que nace de la naturaleza de las cosas.

El valor de las acciones determina lo que el Banco tiene, y la suma de los billetes representa lo que el Banco debe. Muy bien; pero entre los simples mortales, el que la hace la paga, y el privilegio del Banco consiste, por lo visto, en hacer los billetes y no pagarlos. Perfectamente: el verdadero balance resulta del movimiento acompasado y opuesto de esas dos cantidades: las acciones suben y los billetes bajan.

Y en resúmen, ¿de qué se trata? Es muy sencillo. Se trata de que el Banco recoja de la circulacion doscientos millones de billetes. ¿Por qué? Porque el valor de los billetes disminuye en las manos de los tenedores. Vamos á cuentas. ¿Qué puede querer el Banco? Justo es reconocerlo: querrá disminuir su deuda hasta acabar con ella.

Pues bien, ó los números no son números, ó el descuento de los billetes disminuye la deuda del Banco; y ¿cómo se quiere que el Banco recoja por todo su valor nominal una

deuda que ha empezado muy formalmente á extinguirse por sí misma en las manos de los tenedores?

Yo no sé cómo entender el movimiento económico de nuestro siglo. No hace mucho tiempo que la desamortizacion era la fórmula sustancial que contenia las inagotables fuentes de la riqueza pública, y cuantiosos bienes fueron inmediatamente arrancados del dominio de las manos muertas y repartidos, como se repárte el botin entre los vencedores.

Se declararon manos muertas las manos de la Iglesia, las manos de los pueblos y las manos de los pobres: la Iglesia, los pueblos y los pobres, precisamente lo que más vive, lo que nunca morirá entre los hombres, y se vendieron los bienes de la Iglesia, los bienes de Propios y los bienes de Beneficencia. En el furor de las enagenaciones llegamos hasta la enagenacion mental. Tiramos textualmente la casa por la ventana y justo es confesarlo, la desamortizacion hizo correr rios de oro!

Mas las cosas son, por lo que vemos, tan inconstantes como los hombres, y á la vuelta de pocos años nos encontramos con que detrás de la desamortizacion que nos salvaba de la miseria, se escondia la amortizacion como único recurso que puede salvarnos de la ruina.

Desamortizar era entonces la palabra creadora; amortizar es hoy la palabra salvadora. ¡Qué irrisión de las cosas! Apenas acaba de ser todo desamortización, cuando es preciso consagrar grandes sumas á la angustiosa tarea de amortizar. Diríase que toda aquella riqueza de la Iglesia, de los pueblos y de los pobres, que nos apropiamos á título de manos vivas, no eran nuestras, y de la noche á la mañana, al hacer el balance de nuestra prosperidad, vemos que todo se ha convertido en deuda. Aquella pingüe testamentaria de que fuimos herederos verdaderamente forzosos, ha venido á convertirse en un concurso de acreedores.

El caso en que el Banco se encuentra ante sus billetes es el caso en que se encuentra lo que todavía nos permitimos llamar riqueza pública. Por medio de sucesivas emisiones de billetes, especie de desamortizaciones verificadas sobre las manos muertas del público, entraron en la circulación cuatrocientos millones llovidos del cielo; mas á una vuelta del dado de la fortuna, la perspectiva se desvanece y la realidad se presenta; y la realidad aquí son cuatrocientos millones en billetes que no encuentran modo de realizarse, y la palabra fúnebre, saliendo á la vez de todas las bocas de

los tenedores, acomete al Banco gritándole: amortiza, esto es, mata; más sencillamente dicho: paga.

Queremos que el Banco, que es todo salud y vida, corte la existencia de cuatrocientos millones de billetes que han nacido de sus entrañas. ¡Ah! somos demasiado crueles. Cualquiera que sea vuestra opinion acerca del Banco, no teneis derecho á creer que semejante ingratitud éntre en el órden de sus elevadas acciones.

En verdad, sólo pretendéis que el Banco cambie, como si se tratara de un ser frívolo, inconstante, sujeto al capricho de todas las inconsecuencias. El Banco es una entidad grave, séria, formal, mesurada, que sólo se permite los ménos cambios posibles.

La situacion de las cosas viene á ser ésta: el descuento de los billetes permanece en pié delante del Banco, y yo pregunto: ¿por qué no se sienta? Así á lo ménos podríamos decir: queda sentado.

Voy á pronunciar acerca de este asunto mi última palabra: ¿quereis un gran consejo?... Pues bien, ahí teneis el Consejo del Banco.

CUENTA CORRIENTE

Documentos para entenderlos, la economía propiamente dicha es la ciencia económica científica o moderna, es la que primero es el fruto de todos los apuros de los hombres; la segunda es la satisfacción continua de todos los apetitos. I En fin, la vida por el dinero, las necesidades materiales de la vida, esta tiene por objeto en todas las civilizaciones del mundo. El fin material del hombre es, digámoslo así, un saco que se llena de dinero.

HABER

Se consideraba ántes la economía como una especie de virtud; la honradez de no gastar más de lo que lícitamente se tiene, ha sido por espacio de muchos siglos el punto de vista económico de la vida de la familia. Sea la que quiera la trascendencia de este problema, se ha resuelto siempre como en un terreno propio, entre las cuatro paredes del hogar doméstico; no habia pasado de ser una cuestión casera, reducida á la sencillez de estos dos términos: «comer para vivir.» Mas ha dejado de ser virtud para pasar á ser ciencia, y hé aquí que se ha convertido en vicio. «Vivir para comer,» este es en realidad el caso económico en que nos encontramos.

Definiremos para entendernos: la economía propiamente dicha es la templanza, la economía científica ó moderna es la gula; la primera es el freno de todos los apetitos desordenados; la segunda es la satisfaccion continúa de todos los apetitos sin freno. Aquélla tenia por objeto las necesidades materiales de la vida, ésta tiene por único fin todas las disipaciones del mundo. El bien material del hombre era, digámoslo así, un saco que se llenaba fácilmente; ahora el bien material del hombre es tambien un saco, pero un saco roto.

Aquella economía ramplona, rutinaria, empírica, no salia del círculo estrecho de las meras necesidades de la vida; hoy es una ciencia:

- Ciencia de la riqueza.
- Ciencia del valor.
- Ciencia de los intereses materiales.
- Ciencia del cambio.
- Ciencia del trabajo y de su remuneracion.
- Ciencia de las leyes del mundo industrial.
- Ciencia de la produccion, de la reparticion y del consumo.
- Ciencia, en fin, independiente de la moral.

Averiguado todo esto, y principalmente lo último, es indudable que estamos en las puertas mismas de Jáuja, ó que tenemos en nues-

tras manos la gallina de los huevos de oro. Y en verdad: ¡quién nos tose con tanta ciencia!... Á fuerza de investigaciones económicas hemos llegado á poseer el secreto de trasformarlo todo en dinero. Los antiguos alquimistas se quemaron las cejas inútilmente, buscando en la naturaleza ocultas combinaciones que diesen por resultado oro puro, sin presumir que la pingüe novedad de ese secreto estaba reservada á nuestro siglo, y que aquello que entonces se llamó Alquimia, habia de llamarse ahora Economía política.

Realmente la prosperidad pública parecia estancada en las manos muertas de ese conjunto de deberes morales que se ha apropiado el derecho de ordenar las verdaderas relaciones del hombre con los bienes creados; principio fundamental de una economía en la que los intereses materiales son, ante todo, un medio necesario para ir viviendo, que proscribela codicia, impone la caridad y exige la paciencia, sistema económico que se funda sencillamente en el ejercicio de todas las virtudes, como si la virtud hubiera sido alguna vez dinero.

No era posible dejar por más tiempo á la riqueza, que todo lo puede, en manos de la moral, que todo lo quiere.

El dinero, expresion compendiosa y fórmula corriente de todos los valores, necesitaba un bolsillo más hondo, y apeló al holgado recurso de una conciencia más ancha....

¡Cuartos! ¡Cuartos! ¡Cuartos! Esa es la síntesis científica de la nueva economía....

En el orden de los descubrimientos humanos esta ciencia ocupa el lugar que legítimamente le corresponde.

Ha nacido casi expontáneamente en el momento mismo en que era más necesaria; ha venido á ser como una indemnizacion que nos compensa de los sacrificios morales que la vida del mundo moderno nos exige. Casi es un negocio lo que hemos hecho, y me atrevo á decir que un negocio redondo.

Nuestro contrato con la civilizacion en que vivimos consiste en un simple cambio de toma y daca. Dame degradaciones y toma placeres, véndete para ser libre, envilécete para ser dichoso, y sea como quiera, ello es que se han abierto á la producción, á la reparticion y al consumo nuevas fuentes de riqueza. No podemos negar el testimonio de nuestros sentidos, porque es patente el espectáculo universal del lujo que nos deslumbra. La superficie que se nos presenta no puede ser más brillante ni más popular el fausto.

Vivimos como príncipes, porque áun cuando todavía no hay palacios para todos, dificilmente se encontrará un hombre que no lleve en su imaginacion la realidad inmediata de un palacio. El palacio es el bello ideal de nuestros dias, el objeto de las más vivas aspiraciones y el fin supremo de la vida. Más allá de esa ostentosa perspectiva que reúne todas las realidades de nuestras esperanzas, nada vemos, nada distinguimos, y lo que es más, nada deseamos. ¡Cuán original es el contraste que ofrecemos; la democracia en las costumbres, en las ideas, en las constituciones políticas; la aristocracia en los deseos!... Es á la vez extraño y admirable el movimiento encontrado por medio del que se realiza el bienestar del género humano; conforme se extinguen las gerarquías, se aumentan los palacios; en la misma proporcion en que se anulan las potestades, crecen los potentados: como si dijéramos, el palacio del duque de Abrantes pasa á ser palacio de «La Correspondencia;» la gloria de una estirpe se aparta para que pase el éxito de una industria; aquélla es la verdad de una historia, ésta es la mentira del dia; aquélla se ha perpetuado de siglo en siglo, ésta se ha hecho cuarto á cuarto.... Aquello será el honor, ésto es la ganancia.

Un palacio lo tiene cualquiera; se puede decir que está al alcance de todas las fortunas, y sobre todo, al alcance de todos los deseos. ¿Quién no lo apetece? Y aún se puede añadir: ¿Quién no lo alcanza? Sin embargo, hay gentes que todavía no han acertado á salir de las cuatro paredes de su casa; pero viene á ser lo mismo, porque el que no posee un palacio lo sueña, el que no lo tiene lo busca, y el que lo busca lo espera. ¿Por qué no? El desarrollo de la riqueza ha llegado á un punto realmente fabuloso; los *hoteles* caen yá por las chimeneas. ¡Soberbio absurdo! *Hotel* es una palabra francesa que encierra tres sentidos análogos; es al mismo tiempo la *toilette*, el *menu* y el *confort*; las tres necesidades definitivas de la vida moderna, más aún, la vida misma. Sin estos tres requisitos acaso nos sea permitido respirar; pero nos será muy difícil vivir. Desde el momento en que apareció en el mundo civilizado la figura familiar del rey ciudadano, los ciudadanos fueron realmente los reyes, y en esta combinación de majestades todos queremos palacios; de manera, que el ánsia de lujo que nos devora no es solamente una necesidad apremiante de nuestra vida, ni un rasgo económico de nuestro siglo; es, á mayor abundamiento, un derecho, y no así como quiera, sino

un derecho constitucional. Para conocer toda la fuerza de prosperidad que en sí encierra, basta advertir de qué modo se han multiplicado los palacios á la sombra de las constituciones. Y ¡cosa tan natural como admirable! cuanto más democráticas son las constituciones, mayor es el número de palacios que, digámoslo así, surgen del cieno de la tierra.

Y bien: no todos hemos conseguido la realización del sueño dorado de nuestra época; al ménos, así lo parece á primera vista; mas si prescindimos de la humilde apariencia de las casas y penetramos un poco en el fondo de las cosas, verémos que el palacio, si no está en la grandeza arquitectónica de la fachada, ni en la suntuosidad de las habitaciones, está perfectamente delineado en las costumbres. Cada casa viene á ser en pequeño el plano del futuro palacio, porque el lujo palpita en el seno mismo de la pobreza; se puede omitir lo necesario; pero ¿quién se priva yá de lo supérfluo? El lujo no consiste tanto en la seda que cruje, en la alfombra que ahoga los pasos, en el ébano siempre de luto, en el mármol siempre frio, en el oro amarillo como la envidia, en los diamantes duros de corazón como la soberbia. Nó: el verdadero lujo consiste, principalmente, en las disipaciones, en

los desvanecimientos de los placeres, en el refinamiento de las costumbres, en los vicios. Encontraréis pobreza, descubriréis miseria, veréis hambre; pero jamás modestia, humildad nunca; llevamos el lujo en los apetitos. En cada casa hay un palacio, lóbrego, estrecho.... bien; pero palacio: palacio doblemente lujoso, en razon á que se gasta lo que no hay y se derrocha lo que no habrá nunca. Allí se levanta tambien viva, urgente, implacable, la necesidad de la *toilette*, del *menu* y del *confort*.

Esta opulencia se percibe claramente en los pormenores del vestido y en los adornos de la persona. Yo no acierto ya á distinguir una mujer de una señora; todas resultan cortadas por el mismo patron, y vestidas por la misma modista, y peinadas por el mismo peluquero. La diferencia estará en el valor de las telas, pero entretanto, todas parecen princesas más ó ménos destronadas; unas casi lo son, otras quieren serlo. Semejante mancomunidad de faldas y sobrefaldas, de colas y de cogidos, es como la marea del lujo que baja en ondas de encaje y sube en ondas de lana.

Pero mientras los prodigios económicos no entregan á cada uno las llaves del hotel que le corresponde, se ha cuidado con atenta

solicitud de rodear á la familia humana de todas las satisfacciones de la opulencia. Las grandes poblaciones se abren delante de nosotros, como inmensos palacios destinados á hospedar una raza de reyes, animando los impulsos del fausto particular con las espléndidas manifestaciones del fausto público.

Bien puede la miseria darse con un canto en el pecho, en señal de regocijo, porque sean las que quieran las estrecheces de su vida y las angustias de su pobreza, no le han de faltar jardines en que entretener sus necesidades, paseos en que recrear sus pensamientos, espectáculos de puro lujo donde alimentar el afán de la riqueza.

En las aldeas apartadas de la corriente del siglo, en los campos alejados de los esplendores del mundo, encontrarán probablemente los aficionados á antigüedades, familias ignoradas, que creen vivir contentas con el pan nuestro de cada día, el trabajo diario, el sol de todas las mañanas y el sueño de todas las noches; sin más lujo que el de la tierra que florece bajo sus plantas, y el del cielo que se extiende sobre sus cabezas. Pero aquí, en medio de tanta opulencia, en el foco mismo de tanta grandeza, ¿quién puede haber que se resigne á ser pobre? Económicamente consi-

derado el caso, ¿quién duda que este estímulo continuo que empuja á los goces materiales de la vida, no ha de despertar el ánsia de la riqueza y el horror al trabajo, abriendo á la prosperidad pública esa série de industrias con las que tantos caractéres se envilecen y tantos bolsillos se llenan? No es posible trabajar para vivir, donde todo nos sale al paso y nos grita: vivir para gozar.

Aquí, aunque sea en comandita, ello es que al fin tenemos el palacio con que soñamos. La casa podrá ser estrecha, oscura, realmente pobre; pero ¿qué es en resúmen la casa? El rincón donde nos escondemos por algunos momentos, espacios que se encuentran entre los bastidores que forman la gran decoracion del mundo, escondrijos de la vida, refugio contra los acreedores, siempre molestos. El palacio lo tenemos fuera de nuestras casas: en los casinos están nuestros salones, en los cafés tenemos los gabinetes en que recibimos á los amigos de más íntima confianza.

—¿Dónde vive usted?

—¿Yo? ¡Bah!... vivo donde todo el mundo....

¡Psh! De una á cinco en el café; desde las nueve de la noche á las tres de la mañana en el Casino.

Hay muchas gentes que no viven en otra parte; las citas en los cafés, las entrevistas en los casinos, las comidas en las fondas; en las casas no se encuentra á nadie; nadie está nunca en su casa. Las casas, pues, son inútiles para los hombres; son un recuerdo tradicional de la familia, pura arqueología, y sólo se conservan como una necesidad de las calles. Tenemos la *toilette* en la peluquería, el *menu* en Lardhy ó en Fornos, el *confort* en el Casino; el coche le tenemos siempre á la puerta. ¡Oh prosperidad inaudita! Todos tenemos coche.

Miéntas llega el momento económico en que cada uno posee un palacio particular. ¿no hemos de contentarnos con el usufructo de este palacio comun en que todos habitamos? La cuenta es clara y el haber de lujo que arroja esta primera página del libro de nuestra propiedad no puede ser más satisfactorio: la industria hace prodigios, el comercio maravillas, el negocio milagros. Por una parte todo es placer, por otra parte todo es fausto.

¡Qué diferencia! Hace dos siglos todo se justipreciaba por maravedises; hoy todo se valora por millones. Podemos decir que corren delante de nuestros ojos rios de oro. ¡Qué

actividad en la producción! ;Qué movilidad en la repartición! ;Qué rapidez en el consumo!... Todo es dinero.... porque todo se compra y todo se vende, todo se alquila y todo se negocia.

Detengámonos aquí á contar la enorme suma de nuestras ganancias, y otro dia volveremos la hoja.

II

DÉFICIT

«La miseria de las clases obreras ha venido á ser la gran cuestion de la época actual y que es á la vez inmensa y abrasadora.» Así se determina á confesarlo un eminente economista. Otro, igualmente ingénuo y no ménos eminente, se descuelga diciendo: «La miseria crece al par con la grandeza misma de Inglaterra. Por todas partes vemos magníficos palacios, á los que nada en el mundo puede compararse. Para amueblarlos y adornarlos se han puesto á contribucion todos los climas. ¡Qué no podríamos decir de esas mullidas alfombras, de esos ricos y gruesos cortinajes, de esos suntuosos lechos, de esos espléndidos trenes, en una palabra, de esos refinamientos

de magnificencia á que no se habia aproximado el esplendor de los tiempos antiguos! Pero mirad detrás de todo ese aparato de lujo. ¿Qué es lo que veis? Un pueblo agobiado de miseria y de dolor.»

«Cauning, tambien economista, pero más sensible, se aflige ante el espectáculo que le ofrece la Gran Bretaña, donde por una parte vé riqueza y lujo sin limites, y por otra el aniquilamiento de millares de seres humanos amontonados en cuevas y en madrigueras sin sol y sin aire; y casi enjugándose las lágrimas, exclama: «La miseria, el hambre y la abyeccion á la vista de nuestras suntuosas viviendas y de nuestras inagotables profusiones, nos chocan más que ninguna otra miseria del mundo.»

Michel Chervalier no se muerde tampoco la lengua y acude tambien á declarar como testigo en el pavoroso concurso de acreedores que se nos viene encima: «Nuestra civilizacion, dice, se vé obligada á hacer una triste confesion: en nuestros Estados libres, que tanto se glorian de sus progresos, hay una clase de hombres, cuya condicion es víctima de la abyeccion, y esta clase parece que tiende á propagarse más de lo que se habia visto en la mayor parte de las sociedades antiguas.»

Tenemos, pues. detrás de la prosperidad permanente, la pobreza crónica; detrás del lujo que crece, la escasez que aumenta. Al volver la hoja de nuestro fausto nos sale al encuentro la miseria, la doble miseria del alma y del cuerpo: abyección y hambre. Detrás del industrialismo próspero, floreciente, inagotable como jamás se ha conocido, el pauperismo sombrío, amenazador, implacable como nunca se ha visto.

En la superficie, todas las disposiciones de la opulencia, todos los egoismos de la sensualidad, todos los faustos del placer; en una palabra, el paganismo de la riqueza. En el fondo, todas las necesidades sublevadas, todos los apetitos desencadenados, todos los vicios en combustion: lo diré de una vez, el paganismo de la riqueza.

Aquí, riqueza sin caridad; allí, pobreza sin resignación. Aquí, el capital que todo lo quiere; allí, el trabajo que todo lo pide.

Cuanto más se produce, más se necesita; lo que hay es la medida fatal de lo que falta; la miseria es más grande que el lujo, como la sombra es más grande que el cuerpo; parece que el hambre crece al ruido de los festines, y al mismo tiempo que la riqueza se suma, la pobreza se multiplica.

Ved bien el extraño fenómeno que ofrece nuestra prosperidad: todos somos ricos. Muy bien; pero hé aquí que nadie tiene bastante; el dinero mismo sale todos los días en busca de dinero. Toda cantidad no es en rigor más que la necesidad de otra. ¡Cuán triste es el destino de la riqueza! Jamás está satisfecha de sí misma.

En nuestra cuenta particular nos debemos siempre más dinero del que tenemos, de manera, que estamos constantemente en déficit con nosotros mismos.

Este desnivel entre la realidad de nuestros bolsillos y las necesidades de nuestros apetitos, no es un caso íntimo que permanece oculto en el libro reservado de nuestras cuentas galanas: es, por el contrario, un hecho universal y público que se manifiesta de continuo en la producción, en la repartición y en el consumo. Sin duda alguna estamos abocados á un diluvio, en razón á que la liquidación creciente es el estado económico en que nos encontramos.

Pero, ¡bah! la deuda es nuestra riqueza, pues por un prodigio de la ciencia que ha venido á ordenar las relaciones del hombre con los bienes materiales, resulta, que aquel que más debe, es el que más tiene, en aten-

cion sin duda á que es el que ménos pone. Así el deber ha pasado del órden moral al órden económico. Multiplicada la riqueza por las cifras imaginarias del crédito, hemos llegado á una prosperidad realmente fabulosa, olímpica.... más aún, mitológica.

El tránsito de la economía propiamente dicha á la economía ciencia, consiste en haber cambiado de acreedor.

En la necesidad de deber, base de nuestra opulencia, en vez de deberle á Dios los bienes de la tierra, hemos preferido deberlos á los hombres. El negocio no es enteramente redondo, porque el pagaré firmado para la otra vida habrá al fin que pagarlo en ésta, en atención á que los hombres no esperan y la urgencia se hace cada vez más viva, más apremiante, y cada uno cree que ha llegado la hora improrogable de tomar su asiento en el banquete del mundo. Yá se vé; la miseria hambrienta y desnuda no quiere morir sin haber vivido....

Muerto Dios en la conciencia humana, la naturaleza viene á ser una especie de testamentaria de la que la ciencia económica se hace único albacea; y hé ahí su apuro. ¿Cómo reparte los bienes de la tierra entre tantos herederos?

Bien quisiera, como el escribano del cuento, que se tirara del cordel para todos; pero la naturaleza, tan rica de suyo, no se presta fácilmente á subvenir á las necesidades del hombre, si el hombre mismo no la fecunda con el sudor de su frente; y esa especie de teología del Hombre-Dios anda á tientas buscando en las oscuridades de sus especulaciones la solución de un problema que no tiene solución.

Indudablemente la vida actual está llena de goces y fastuosidades; el mundo, ilustrado con todos los refinamientos del placer, nos convida á la delicia continua de un festin perpétuo; pero por más vueltas que se le dé á la espléndida mesa del banquete, siempre resulta que no hay cubiertos para todos.

La cuenta no puede ser más clara.

Lujo, mucho lujo, lujo que deslumbra.

Miseria, mucha miseria, miseria que espanta.

Manos abiertas que recogen y derrochan.

Puños cerrados que piden y amenazan.

Un mundo en el que nada es bastante.

Otro mundo en el cual todo falta.

El dinero que se cuenta y dice: quiero.

La fuerza que se mide y grita: puedo.

Entretanto, el déficit creciendo como una

inundacion subterránea, ruje sordamente en las entrañas de la sociedad y agita con continuos estremecimientos la brillante superficie del mundo. La produccion, lanzada de continuo á las eventualidades del azar, flota como las tempestades al capricho de los vientos, y brilla un momento como los relámpagos: apénas aparece cuando es disipada; el fruto del trabajo lo devora el hambre de la miseria casi ántes de ser producido, y los capitales, arrastrados por el ansia de la ganancia, mueren agotados poco despues de haber nacido, dejando, como restos del naufragio, ruinas, desolaciones y suicidios.

Jamás la posesion de los intereses materiales, único y supremo bien de nuestros dias, ha sido más instable.

La riqueza, poseida de horrible impaciencia, como si tuviera contados los dias de su vida, se mueve desesperada, con la rapidez del vértigo; da vueltas como torbellino alrededor de sí misma; va y viene, entra y sale, sube y baja, y queriendo estar á la vez en todas partes, no está realmente en ninguna.

Y bien: ¿qué hacemos?... Porque es el caso, que el déficit crece y se propaga lo mismo que un contagio; se sienten sus rudas palpitaciones en el oleaje amenazador de las huelgas;

crujen los poderosos resortes de su organización en las asociaciones internacionalistas, y estalla el furor de sus ardientes apetitos en las explosiones de la *Commune*.

Yá no es la pobreza que trabaja y gime escondiendo su desnudez bajo el manto esplendoroso del lujo; es la miseria que pide goces á la opulencia, son los harapos que piden seda á la seda; es el fuego de todas las pasiones excitadas, de todos los vicios conmovidos que amenazan con el incendio de todos los faustos y con la ruina de todas las grandezas.... ¡Ah!... ¡Si pudiéramos sobornarla!...

Pero bien: ¿qué hacemos?... Veamos.... La ciencia tiene recursos para todo, y hé aquí uno:

Aumento de salario.

¡Magnífica idea.... Fuego al fuego.... agua al mar....

Sí; cantemos la misma miseria y el mismo lujo en un diapason más alto. Aumentar el salario es aumentar el valor de todas las cosas; subir el salario es simplemente hacer más cara la pobreza.

Busquemos otro.

Impuesto forzoso sobre la riqueza en favor de la miseria.

Aquí tenemos á la caridad vuelta del re-

vés. Esta virtud, acercándose al oído de la riqueza, le decía:

«Tanto te sobra.»

Y bajaba la voz añadiendo:

«Todo lo que sobra á tus propias necesidades se lo debes á las necesidades ajenas.»

Así, como quien no quiere la cosa, imponía al lujo la obligación de socorrer la miseria; y tira de aquí, tira de allí, siempre encontraba algo que voluntariamente salía del bolsillo de los ricos para socorro de los pobres.

Perfectamente; pero la ciencia no puede tolerar esta coacción sorda, ejercida sobre la conciencia que hemos declarado libre, y dejando el deber moral como cosa perdida, y reconociendo en la miseria el poder de una institución, propone el recurso de un impuesto forzoso para mantenerla, como si dijéramos, para conservarla. Es la lista civil destinada á la real majestad de las masas. Aquí la lógica de la ciencia descubre toda su implacable ferocidad, porque, en sustancia, su razonamiento es este:

«Lujo, dice, la miseria es tu obra, á ti te toca mantenerla, ha nacido de tus entrañas y es preciso que la alimentes con tu bolsillo.»

Es la ciencia que asalta á la riqueza en la encrucijada de la miseria; no es la necesidad

que suplica, es el hambre que muerde; no es la mano que espera, es la boca desencajada que enseña los dientes.

Aún queda otro recurso: organizar el trabajo. Esto es, reducirlo á la esclavitud de un reglamento, someterlo á un régimen, como si fuese una enfermedad; intervenirlo, administrarlo; sustraerlo de la Ley Divina, y por consiguiente, inmutable, que lo impone para entregarlo á la caprichosa inconstancia de las leyes humanas; arrancarlo del calor de la familia, que lo vivifica y lo ennoblece, para exponerlo al frio mortal de las fábricas, donde se hiela y se degrada.

¿Y cómo? ¿Dónde está el resorte prodigioso por medio del que la voluntad del hombre pueda dirigir reglamentariamente las funciones de ese gran aparato?... Equivaldria á querer dar leyes á la naturaleza.

¿No le basta ser trabajo? ¿Es preciso además que sea forzado? Queréis contener el agua en un vaso sin fondo, y sujetar el aire entre las manos.

Mas no importa, la dificultad se resuelve por sí misma: démos lujo al lujo y trabajo al trabajo. Hemos encontrado los términos propios del problema y vamos á plantearlo. ¡Ah! el mundo es ya nuestro.

Aumento indefinido de la producción.

Aumento indefinido del lujo.

Veamos el caso claramente:

Más producción, más lujo; más lujo, más miseria.

¡Es singular!... Todas las calles de este laberinto vienen á parar siempre al mismo punto: al déficit.

Retrocedamos, y esperemos aquí la última palabra del oráculo: oid bien la sentencia suprema de la esfínje:

Disminución del consumo.

¿Cómo?

Disminuyendo los consumidores.

Aquí sobra por lo ménos la tercera parte del género humano, y falta un verdugo; porque la solución definitiva de la ciencia es una epidemia que nos diezme, ó un terremoto que nos sepulte.

Es preciso que se mueran inmediatamente todos aquellos que no tienen sobre qué caerse muertos. Porque ¡oh absurdo incontestable! «somos demasiados para el banqueté de la vida.»

La cosa es terminante: «cuando un hombre nace en una sociedad que yá está ocupada, si la sociedad no necesita de sus brazos, en realidad está de más.»

«No hay cubierto para él en el festin de la naturaleza.»

«La naturaleza le ordena que se vaya, y no tardará en poner en ejecución por sí mismo este mandato.»

Así habla la sabiduría economista. En su aritmética le es más fácil restar hombres que restar lujo.

¡Qué ha de hacer! Ha tejido hilo á hilo un soberbio cordon de seda y oro, y semejante al Gran Turco, nos lo envia para que nos ahorquemos.

Habeis sacado el trabajo de la virtud, y está en los vicios; lo habeis arrancado de la familia, y está en el club; lo habeis arrojado de la casa, y está en la calle.

Lujo sin conciencia y pobreza sin fé son doble miseria.

El déficit no puede ser más espantoso.

LA EMOCION DEL DIA

I

No hay que darle vueltas: las emociones fuertes son yá indispensables para que la multitud que entra de buena fé en el atropellado movimiento de la vida moderna, no se muera de puro fastidio. Tenemos agotados los sentimientos, derrochadas las satisfacciones, pasados en cuenta todos los placeres, y si, el repertorio de los acontecimientos pavorosos no nos proporciona nuevos espectáculos, francamente, ¿qué va á ser de nosotros? Necesitamos un terror diario que nos extremezca de piés á cabeza, ó un escándalo imprevisto que nos haga desternillar de risa para poder exclamar: ¡oh! aún vivimos. Consúmase este reactivo poderoso que nos anima, y que, si puedo decirlo así, nos vivifica y tendremos que

abandonar en manos de la muerte los caudales de sensibilidad que atesoramos. No digo yo que sea preciso enterrarnos inmediatamente, pero viviremos muertos, más aún, enterrados vivos en el sepulcro de una vida sin emociones.

Porque ya se ve, hemos roto al fin las ligaduras del estado rudimentario; el sosiego de la casa, la paz de la familia, las tranquilas satisfacciones de los afectos tiernos.... ¡Bah! Todo eso es primitivo.... Pasó como ha pasado la antigüedad. Hoy el sosiego es el fastidio, la paz es la muerte. Nos hemos despojado de las impertinencias del corazón y de las severidades del entendimiento; la belleza de las acciones y la belleza de las ideas, no son ciertamente nuestro vicio dominante. ¡Belleza...! Pues, manía del Arte, fausto de la verdad, esplendor del orden.... ¿Y qué? Nosotros no vivimos la vida del alma, vivimos la vida de los sentidos; estamos en la plenitud del estado nervioso y no pedimos más que sensaciones, queremos ataques de nervios, efectos plásticos que nos retuerzan, aunque no sea más que por un momento, bajo el látigo del horror ó del placer; la *cubeta de Mesmer*, hé ahí lo que pedimos. Nuestra estética es muy positiva, y por un gracioso capricho de las

cosas, conforme vamos siendo más liberales, la vamos necesitando más realista.

Muy bien: mas las novedades extraordinarias no se presentan todos los días, porque el telar de los acontecimientos enormes no teje con la actividad con que nosotros devoramos, y hay periodos de mortal aburrimento, entreactos interminables en que nos morimos de fastidio delante del telon caído. En esos momentos ¡qué vulgar es todo lo que nos rodea...! Nada nuevo.... ¡Oh, qué vejez tan insoportable! El universo no se hunde para conmovernos, ni el mundo se desploma para animarnos. ¿Qué vamos á hacer de nuestra ociosidad y de nuestra impaciencia?... La cuestion de Oriente se despereza como un mónstruo que despierta, anunciando la proximidad de terribles desastres; la Gran Puerta parece que va á abrirse para dejarnos ver el soberbio espectáculo de una guerra formidable; la muerte, la misma muerte, bajo su aspecto más horroroso, se nos acerca para devolvernos la vida, y respiramos como quien resucita.... Europa se conmueve.... ¡Ah, esto es algo! Conmovámonos.

Pero ¡qué desencanto! Por lo visto, la cosa estaba todavía algo verde; se le da á la diplomacia el encargo de madurarla, y adios

esperanza, la perspectiva se aleja y aquí nos tiene usted aburridos, porque rusos y turcos no han empezado ya á despedazarse.... se nos aplaza el placer de horrorizarnos. ¡Oh, qué fastidio!

Probablemente estaríamos aún bajo la desagradable impresion de este desengaño, si doña Baldomera no hubiese tenido la feliz ocurrencia de sorprendernos con un nuevo espectáculo previsto y á la vez esperado. Espectáculo doblemente conmovedor: unos reían y otros lloraban. El asunto tenia el fabuloso interés del trescientos por ciento á toca teja, y jamás mujer alguna ha salido de su patria acompañada de más sonrisas ni de más lágrimas. ¡Admirable golpe de coquetería! Todo lo ofrece, para despues negarlo todo; pone en los labios la dulce miel de una ganancia verdaderamente encantadora, y luego huye.... ¡cruel! se escapa de las ciegas seducciones que la rodean, llevándose las más bellas esperanzas, los más risueños cálculos, la triplicacion anual de los capitales; esto es, el sueño de oro de la riqueza. El amor era el mútuo resorte de este drama tierno, y al mismo tiempo patibulario: el amor á lo ajeno. ¡Qué despedida!... Allí sí que se podía exclamar: ¡Adios mi dinero!

¿Y bien? En realidad muy poca cosa: la ausencia es el olvido; pasó la emoción, y nuestros nervios, excitados por un momento, se aflojan de nuevo y volvemos á caer en el aburrimiento de la vida ordinaria. Ninguna novedad estupenda viene á sacarnos del sepulcro. Necesitamos comer bien, hablar mucho, movernos sin descanso, para persuadirnos de que vivimos. De puertas á fuera, sí señor, lujo, algazara, placeres, festines, todo; de puertas adentro, nada, el silencio del vacío y la soledad de la muerte.

Mas hé aquí que una mañana aparecen los carteles del teatro Español lanzando á las miradas ociosas de los transeuntes, en letras gordas, la siguiente alternativa: *Ó locura ó santidad*. Realmente la elección no ofrecía grande atractivo, porque locura ¿quién la necesita? santidad ¿á quién no le estorba? Sin embargo, no era difícil advertir que el cartel se sonreía maliciosamente; algo le quedaba dentro.

Conservan los carteles de los teatros la candorosa malicia de ocultar los nombres de los autores en el anuncio de la primera representación, sin duda para que el público no se deje llevar por el impulso de las simpatías personales; la justicia del éxito exige, por lo

visto, que el nombre del autor sea ignorado hasta que el entusiasmo de la concurrencia lo pida á gritos desde las butacas y desde las galerías; y cosa singular, el público, que por lo comun lo ignora todo, eso lo sabe siempre.

El nombre que el cartel se obstina en ocultar rompe por sí mismo el secreto y corre de boca en boca y de oído en oído, mucho ántes que el cartel se decida á pronunciarlo. Es una comedia préviamente convenida, en que los espectadores hacen el papel de ignorantes y, ¡Dios mio, que bien suelen hacerlo! *Ó locura ó santidad*. El cartel no pasaba de ese sencillo anuncio; pero el público estaba en el secreto, y añadía:

¡Echegaray!

La simple pronunciacion de este nombre, justamente célebre, empezaba yá á crisar los nervios. Decir Echegaray es lo mismo que decir éxito. Detrás de ese nombre hay casi siempre un mundo desconocido, una sociedad ignorada, unas costumbres y unos afectos enteramente originales, un género humano *sui generis*, hombres y mujeres que al parecer vienen de regiones nunca exploradas, raza distinta de la que todos conocemos. Vamos, otra especie humana, sacada sin duda de algun cabo suelto del hombre prehistórico.

Delante del anuncio el público repite el título del drama y el nombre del autor, probablemente exclamando:

«¡Ó locura ó santidad!... ¡Ehegaray!... ¡Qué demonios habrá aquí dentro!»

¡Friolera!... Hay lo que pedimos, lo que apetecemos, lo que buscamos: tempestades sin nubes, rayos sin fuego.... una especie de cáos, algo del vértigo, ejercicios gimnásticos ejecutados en el aire, una palanca increíble que nos levanta sin punto de apoyo, una pesadilla de la cual nos reimos despúes que ha pasado; hay, en fin, la emocion del dia.

Y todo este trastorno de la naturaleza se verifica entre unas cuantas personas bastante insignificantes. Un tal Don Lorenzo, buen señor, casi estimable, cruelmente calumniado de sabio y sospechoso de loco desde el primer momento; Ángela, mujer del Lorenzo, que no se cree madre si su hija no tiene nietos; esta hija, Inés por más señas, criatura sentimental que decididamente se muere si no la casan á escape; una nodriza moribunda que sale del sepulcro para ser madre de Don Lorenzo, porque, capricho de la ancianidad, no quiere morir sin tener un hijo; un médico del género afflictivo, que ni cura, ni alivia, ni consuela, tonto que hace locos; una duquesa de

tres al cuarto, que, semejante á la espada de Bernardo, ni pincha ni corta, lo cual no quita que á su vez tenga un hijo, que ni pintado, porque yá se ve, se le ha ido el santo al cielo con la hija del loco, y quieras que no quieras, ha de llevar su gato al agua.

Estos dos amantes no se paran en pelillos; ellos andan solos por la casa, como si tal cosa, y muestran tanta prisa por casarse, que casi da vergüenza. La muchacha arde en un candil, y á título de enferma sentimental hace que su padre vaya á buscar para ella la mano del novio, como si fuese á la botica por una medicina.

En este punto el señor Avendaño no es excesivamente escrupuloso, y va como un cordero, porque el autor lo reserva para cosas más grandes, y esos perfiles de decoro se los hace mirar por encima del hombro. Además, si la condescendencia del padre no es muy delicada, en cambio es de todo punto inútil, en razon á que la duquesa se anticipa á pedir la mano de la niña, que se muere sin remedio si no la casan de golpe y porrazo. De manera, que al Sr. Avendaño no hay por donde cogerlo.

Aquí está el primer nudo del enredo, la primera malla de la red en que vamos á caer,

si no precisamente conmovidos, á lo ménos deslumbrados.

Don Lorenzo, á pesar de sus millones y de su biblioteca de filósofos alemanes, no pasa de ser un pobre hombre que no ve más allá de sus narices, y que hubiera sido tan feliz como cualquier hijo de vecino, si la providencia especialísima del autor no le hubiera proporcionado la terrible desventura de tener dos madres: madres más crueles que aquellas del juicio de Salomon, pues ellas mismas se encargan de partirlo por enmedio; la una desde el sepulcro, la otra con un pié en la sepultura.

La primera lo sorprendió en la cuna, y lo prohijó dándole nombre y riquezas; mas al morir, vió claramente que aquella maternidad fingida le era yá completamente inútil y cantó de plano, dejando al buen Lorenzo sin riquezas y sin nombre. Pero aquí de la nodriza que era la verdadera madre. Sabe muy bien donde le aprieta el zapato, se traga el secreto de la difunta y Avendaño sigue siendo Avendaño con algunos milloncejos de patrimonio para ir viviendo.

Así pasan cuarenta años como un soplo, hasta que á la nodriza se le antoja morirse.... y aquí fué Troya.... Detiene á la muerte para

poder dar á su hijo el último abrazo, el hijo mismo va por ella, la trae á su casa moribunda, y quieras que no quieras, á la nodriza se le va la lengua... y carta canta.... No hay duda, el papel en que la otra madre declara que Lorenzo no es su hijo, hay que tenerlo por irrecusable, y Avendaño se encuentra de repente sin madre, despues de muchos años de haberla perdido. Mas se equivoca lastimosamente, porque su madre está allí, medio muerta, pero allí, porque su madre es la nodriza.

Semejante noticia no le hace maldita la gracia y empieza á tragar saliva, porque la más vulgar honradez le dice terminantemente que aquellos millones que posee no son suyos, ni el nombre que lleva le pertenece, y no hay más remedio que devolverlos; y yá está la pelota en el tejado; porque la duquesa ha de tentarse la ropa para consentir que su hijo se case con la nieta de una mujer públicamente deshonorada, porque la nodriza ha sido en los dias de su juventud mujer de rompe y rasga; el padre no puede retener ni un momento más las riquezas que posee, ni el nombre que lleva, por la sencillísima razon de que no son suyos, y la muchacha está decidida á morirse si no la casan; pues por lo visto, el

matrimonio es el único específico indicado para la enfermedad que padece.

Este es el gran nudo de la fábula; y la crítica tendrá que convenir en que la situación que resulta es fuertemente dramática, más bien dicho, teatral. Realmente no inspira interés una chicuela, que en último resultado no piensa más que en casarse, ni es cosa de echar las campanas á vuelo, porque un hombre que ha disfrutado por espacio de cuarenta años riquezas y nombre que no le pertenecen, llegue un momento en que honradamente tenga que devolverlos; lo último que un hombre escasamente honrado puede permitirse, es robar, por más que esté permitido. Pues bien, así y todo, la situación atrae, no conmueve, no interesa, excita; es cuestión de nervios.

¿Y cómo se ha llegado á este punto del drama? ¿Cómo?... Bah, de cualquier modo; á tropezones, á saltos, atropellando lo que estorba, trayendo y llevando las cosas por los cabellos, con verdadera franqueza, con resuelto desenfado, á punta de lanza, á sangre y fuego. Perfectamente; pero una vez ahí, el nudo está hecho y el espectador no se escapa.

¿Qué vá á suceder?... Nadie lo sabe, porque la colección de personajes que tenemos delante son capaces de todo. Se mueven como

autómatas, según las momentáneas necesidades del artificio, carecen de voluntad y de carácter propios, hablan por máquina, y están siempre dispuestos lo mismo para un fregado que para un barrido. ¡Qué ha de suceder! Que Lorenzo se emperra en devolver el nombre y las riquezas que no son suyos; que Ángela discute acerca de la conveniencia de semejante escándalo; que Inés sigue muriéndose si no se casa; que la duquesa se resiste; que al médico se le ha puesto entre ceja y ceja que Lorenzo está loco, y que por fin la nodriza le hace la última jugarreta, quemando la única prueba con que podía atestiguar que, en efecto, no era hijo de su primera madre.

En este lio supremo en que nadie tiene conciencia ni de lo que hace, ni de lo que vé, Lorenzo es declarado loco, porque así lo creen todos de buena fé. Aunque la nodriza está moribunda desde el primer acto, nadie duda en el tercero de que Lorenzo la ha ahogado entre sus brazos en un raptó de locura.

El pobre hombre, que nunca dió pié con bola, pone el grito en el cielo y cree á pié juntillos que su mujer, el médico y el género humano le han sustraído la prueba, declarándolo loco, furioso para continuar disfrutando un nombre y unas riquezas que no les

pertenecen. ¿Y qué hace? Reniega hasta de su estampa y por dar gusto á los amigos y á la familia, se declara tambien rematadamente loco y se deja llevar al manicomio, como si fuese la cosa más natural del mundo.

Inés es la única que duda de la locura de su padre; pero este rasgo, que pudiera enternecer, es borrado inmediatamente, porque lo deja ir y no lo ampara con sus brazos, ni lo protege con sus gritos, ni lo defiende con sus lágrimas. Ella, dispuesta á morirse si no la casan, vé á su padre ir á Leganés, y aunque al parecer se aterra, en realidad ni siquiera se desmaya. El cuadro no puede ser ni más falso, ni más terrible.

Tal es el esqueleto, el espectro del drama que hace más de veinte dias aterra al público en el Teatro Español. Concepcion absurda, y que tal vez porque es absurda estremece. El éxito resulta coronado de convulsiones y aplausos, porque una vez dentro del desorden artístico y de la soledad moral del drama, el aturdimiento de los espectadores es inevitable, y por lo tanto, el genio del autor indiscutible. Dada la falsedad de las situaciones, hay que reconocer que están enérgicamente sostenidas; creadas por la violencia, sólo por la violencia se sostienen.

Prodigiosa aritmética: á nadie le hubiera ocurrido que de la reunion de ceros que componen la totalidad de los personajes resultara la suma de horror, pasajero sin duda, pero horror al fin, que el público recoge todas las noches. El espectador penetra en la aridez del drama, busca inútilmente una sombra donde reposar y siente el mareo del desierto. Todos son cómplices y ninguno es culpable. Verdadera novedad rígida, antipática, cataléptica, sin detalles, sin matices, sin claro oscuro, especie de cadáver que agita sus huesos descarnados, merced al artificio de situaciones formidables.

En cuanto á su pensamiento, ocurre preguntar: ¿tiene alguno? ¿Alguien cree que sí, yo lo dudo y conviene averiguarlo.

Sí: el público es el gran tirano, que á título de multitud y por derecho de mayoría, se ha adjudicado la facultad de resolver definitivamente acerca del valor de las obras de arte; especialmente de las obras dramáticas; y no hay manera de disputarle el ejercicio de esta prerogativa, porque al fin él es quien paga. Su concurso es absolutamente necesario para el éxito, y su dinero el testimonio más fehaciente del mérito que se somete á su fallo. Siempre habrá sucedido lo mismo; pero en la actualidad el espíritu mercantil que nos anima, por la propension inevitable de su misma naturaleza todo lo convierte en mercancías. Si bien se mira, la crítica definitiva, después de dar muchas vueltas por el mundo, ha

venido á caer en manos de los revendedores de billetes.

Ciertamente, los efectos dramáticos se cotizan en las puertas de los teatros, como los efectos públicos en la Bolsa, y más dichosos los billetes de las funciones teatrales que los billetes del Banco, obtienen considerables *primas* en vez de ruinosos descuentos. No pretendo yo aquí dar más importancia mercantil al negocio del Teatro Español que á los negocios del Banco de España, porque no es ese mi propósito, ni, además, sería justo. Se cambian los billetes del Banco con pérdida y á crónica del dos por ciento, y alcanzan los billetes de los teatros una ganancia respetable; cierto; pero en cambio, las acciones dramáticas se arrastran por el suelo y las acciones del Banco están por las nubes. ¿Qué más cambio se quiere? Váyase, pues, lo uno por lo otro.

Merced á esta especulación, llamémosla así, artística, el público adquiere su aptitud de juez mediante el valor del asiento que ha de ocupar en el espectáculo. Y no se puede decir que tira el dinero por la ventana, aunque tome los billetes en la taquilla, porque si siempre compra su derecho, muchas veces es el arte quien lo paga.

De cualquier modo que ello sea, á cierta distancia el público parece un mónstruo de cien bocas, dispuesto á tragarse medio mundo; mas mirándole de cerca, se desvanece el rigor de la perspectiva, y el mónstruo se convierte en un sér, siempre informe, pero bastante manejable; es una suma de hombres que da por resultado un niño. Un niño aturdido, revoltoso, impresionable; dispuesto de la misma manera á llorar que á reír: quiere que lo diviertán, que lo entretengan, que lo conmuevan, que lo aterren, que lo asusten, sea como quiera. Verdadero niño, su puerilidad no es demasiado exigente, se contenta con que jueguen con él.

Por lo comun, no ve más que la superficie de las cosas que se le ponen delante; el fondo de su naturaleza es la inconstancia. Se le lleva y se le trae fácilmente, en razon á que siempre anda á tientas.

Para un autor dramático no es el público una dificultad invencible. No hace mucho tiempo perteneció á Olona, hoy pertenece á Echegaray. El arte yá es otra cosa: pide más de lo que comunmente puede dársele, y en cambio sólo ofrece la inmortalidad. ¡Verdadera irrisión! ¡La inmortalidad despues de muertos cuando realmente de lo que se

trata es de ir viviendo de la mejor manera posible!

Para el público, los títulos de las obras dramáticas que por primera vez se le anuncian son enigmas que excitan su curiosidad, que, no obstante, nunca se mete en la tarea de descifrarlos.... ¿Y á qué tomarse ese trabajo?... Despues de todo, esa es cuenta del autor.

Parece que el pensamiento artístico ó moral de la obra ha de estar de algun modo contenido en el nombre que lleva, mas hay ocasiones en que el autor se encuentra comprometido entre la promesa del título y la dificultad de realizarla, y entónces apela á su crédito, y, como Alejandro, corta el nudo que no sabe desatar; ó más sencillamente dicho, apela á la bondadosa condescendencia del público, y resuelve el caso saliendo por los cerros de Úbeda.

¡Ó locura ó santidad!... La cosa es más fuerte de lo que parece á primera vista. La simple enunciacion de esos dos términos contrapuestos suscita, ante todo, un pensamiento antiguo, exacto, hermoso y profundo, á saber: que en esta vida fugitiva, llena de angustias y dolores, el que no es santo es loco.

Cualquiera, poco iniciado en las sérias di-

ficultades que la impiedad filosófica opone á la belleza artística de las concepciones dramáticas, creará que, una vez descubierta la grandeza del pensamiento, el genio del arte no tiene que hacer más que coser y cantar. Mas es el caso que no cuenta con la huésped, y la huésped es aquí la repugnancia instintiva y sistemática del error hácia la verdad. Bueno fuera que un sábio científicamente impío malgastara el dón de su talento en dar vida á un pensamiento cristiano, más aún, ultramontano:

«¿Qué hago, en qué me ocupo, en qué me encanto?...
Loco debo de ser, pues no soy santo.»

Negar á Dios en eso que se ha convenido en llamar ciencia, y confesarlo en el arte sería un escándalo filosófico ante el que, si es permitido decirlo así, se harían cruces todas las sectas de la incredulidad. Ninguna razon, ningun indicio nos podían hacer sospechar que la sabiduría de Echeagaray incurriera en semejante contradicción.

Ántes que autor dramático ha sido sábio, y no habia de sacrificar con horrenda ingratitud los errores de la ciencia á las bellezas del arte, las infancias de su entendimiento á

lo que, salvas todas las consideraciones debidas, me atrevo á llamar ignorancia de su ingenio. ¿Y cómo? Cualquiera que sea la audacia de su instinto dramático, ¿se habia de atrever á convertir de una mano á otra el paraíso de la vida moderna, lleno de vicios, de sensualidades y de degradaciones en una jaula de locos? ¿Qué diria la ciencia? ¡Loco ó santo! ¿Acaso no hay más alternativa para el hombre actual sobre esta tierra que nos hemos adjudicado en perpétuo usufructo? ¡Bah! Nada más léjos del drama excéptico que aún celebramos, que la severa majestad de ese luminoso pensamiento que el espíritu humano le debe al espíritu católico.

Bueno; desechemos esa idea, porque al fin es demasiado triste para un público tan habitualmente irreflexivo y alegre. Habria cierta crueldad en arrancarle por un golpe de genio el juicio de que tan pocas veces dispone y que tanta falta le hace. No se trata de eso: se trata de darle al mundo una leccion severa y provechosa. El caso no es nuevo y en la vida real se encuentra repetido con bastante frecuencia. Vamos á verlo.

Convengamos ante todo, en que el heroísmo de las virtudes cristianas es la santidad propiamente dicha, la única, la verdadera

santidad que conocemos. Sin Fé, sin Esperanza y sin Caridad no hay santos; en una palabra, sin Dios no hay santidad posible.

Corriente; pero el mundo, y sobre todo el mundo moderno, no tiene la mejor idea de sí mismo, y eso de virtudes heróicas hoy, día de la fecha, es cosa que no le pasa de los dientes adentro.... ¡Un santo en el siglo XIX!... No lo creerá si lo empluman.

¡Y qué diablura!... alguna vez se le presenta el caso patente de virtudes para él increíbles.... y se guiña el ojo á sí mismo, con inocente malicia, porque tan perspicaz como los elefantes de Plinio siente crecer la yerba.—¡Santo!... exclama.—¡Oh!... nó; ese hombre está loco.

Y con su natural desenfado toma la santidad por locura, y se queda tan fresco.

Aquí el autor dramático de verdadero genio, por ejemplo, Calderon ó Lope, en el siglo de oro, Ayala ó Tamayo, en el siglo presente, recoge esta observacion desconsoladora, la desenvuelve dentro de los términos legítimos del arte, la enriquece con las galas propias de una literatura noble, y la presenta en el teatro, diciéndole sencillamente al respetable público:—Amigo mio: mírate en ese espejo, mírate bien, porque tú eres el loco.

Si señor; la cosa es clara como la luz del día; pero hay que andarse con tiento; no se pueden atropellar ciertas consideraciones....

Ante todo es preciso mantener el espíritu de incredulidad que forma el alma de nuestro tiempo. Hacer creer en el heroísmo de las virtudes cristianas, hacer creer en la santidad es hacer creer en la divina gracia, es hacer creer en Dios, y entónces se apagó la tenebrosa luz de nuestra ciencia. Es preciso que el mundo, que tan bien nos sirve en la propagacion de los errores con su perpétua locura, no caiga en la cuenta de su engaño. No lo hemos enloquecido con todas las disipaciones de la vida para devolverle el juicio de la noche á la mañana por la satisfaccion artística de un capricho dramático. En su locura está nuestra fuerza.

Y por otra parte, ¿hay corazon bastante duro para congregar á un público inagotable, reunirlo en los palcos, en las butacas y en las galerías de un teatro, coleccion casual de gentes, que con manos generosas, más aún, con manos rotas prodiga lo mismo su dinero que sus aplausos, para enviarlo desde allí á los encierros de Leganés? ¿Se le ha de negar el juicio, cuando es precisamente el juicio el que se le pide? Además, no sería fácil conseguirlo, porque algo ménos infeliz que Don Lorenzo

Avendaño, se defendería por instinto de los horrores del manicomio.

Ninguno de estos dos pensamientos propios que espontáneamente brotan del título *Ó locura ó santidad*, aparecen en el drama, ni asoman en ninguna de las encrucijadas en que la acción de la fábula no se teje, sino se enreda. ¿Cuál es entónces el pensamiento artístico, moral ó filosófico de la obra que todavía proporciona grandes entradas al Teatro Español? Ninguno. No hay pensamiento artístico, porque la obra carece de literatura y de arte; no hay pensamiento moral, porque es monstruosamente excéptica, y la impiedad sistemática, y digámoslo así, científica, se respira en ella desde el momento en que el telon se levanta; no hay pensamiento filosófico, porque desde luego se advierte total desconocimiento del corazón humano; se desconoce al hombre y se ignora á Dios. Es una sucesión de escenas embastadas á punto largo para producir efectos determinados, no de belleza, sino de repugnancia. Es un drama sin Providencia, y por consiguiente, sin justicia.

Avendaño no es santo, porque, ¿dónde está su Fé? ¿Dónde está su Esperanza? ¿Dónde está su Caridad? Quiere ser honrado y no sabe serlo. Ultraja á Dios, desespera del cielo

y de la tierra, maldice á su familia y á sus amigos. No es loco, pertenece á la gran familia de los sabios, que por lo visto se consideran dispensados de toda especie de entendimiento. Más aún, pues segun confiesa candorosamente el autor por boca de Ángela, está *embrutecido por la ciencia*, por la ciencia de la incredulidad. Su última palabra pretende ser una blasfemia. Semejante virtud es monstruosa, y jamás ha sido conocida en el mundo; es una honradez de brocha gorda, de pura perspectiva, como los bastidores y los telones del teatro.

Si Avendaño no es santo ni loco, ¿qué hacemos entónces con el título?... ¿Dónde está el pensamiento del drama? En el cartel, solamente en las grandes letras del cartel se promete y se presume, pero fuera de ahí, no se le encuentra en ninguna parte. Es decir, que el pensamiento se queda en la calle como cosa perdida. Y entre paréntesis: ¿qué familia! Es preciso que Avendaño aparezca loco para que ella sea dichosa.

Y bien; fuera de la materialidad del éxito, ¿qué se ha propuesto el autor al lanzar á la escena ese pedazo de carne cruda que, segun dicen los más aferrados, es la obra maestra de su ingenio?... Poca cosa: se ha propuesto ha-

cernos creer que la idea de Dios es completamente inútil en el mundo moral.... que un hombre puede ser honrado, y bueno y santo, sin más Dios, sin más religion y sin más conciencia que las estrambóticas impiedades de la filosofía que llamamos moderna; ó lo que es lo mismo: que al medio dia es de noche, que lo negro es blanco, que el dublé es oro, que los reyes liberales son eternos, que la tierra es el cielo, que tres y dos no son cinco. Y hé aquí que el asunto se le vuelve del revés en sus propias manos, y la perspicacia ménos penetrante descubre al fin en el drama todo lo contrario; esto es: que no hay verdadera conciencia sin la Fé, ni verdadera honradez sin la Esperanza, ni verdadera virtud sin la Caridad; que no hay verdadera moral sin Dios. La desesperacion de Avendaño es la silba del autor. ¡Oh, y qué gran justicia! Al pretender burlarse de la Providencia, ¡se rie del autor su propia obra!

¿Y es esto lo que el público aplaude? Nó: el público no vé eso; está sorprendido con la estupenda novedad del caso. Le han dicho que los bueyes vuelan, ha dado su dinero para creerlo, y lo cree y aplaude. ¿Qué ha de hacer? Establecido el éxito desde la primera noche, el público es así: sigue la

corriente. Se le presenta un drama en el que, bien á derechas, no se sabe lo que pasa, se admira, no quiere ser ménos y aplaude tambien sin saber lo que se hace.

Sin literatura que deleite, sin arte que recree, sin pensamiento que instruya, sin moral que consuele. ¿Qué es entónces esta obra que tanto ruido mete en cafés, en salones y en gacettillas de periódicos?

Es... un género.

¿Género qué?

Género deplorable.

¿Un modo?

Nó, una moda.

Si hemos de dar crédito al estrépito de los aplausos, al entusiasmo de los amigos y á las ganancias de los revendedores de billetes, tendremos que decir que ha aparecido en la escena la obra maestra del teatro contemporáneo. Hoy, bien, si se empeñan en ello los admiradores del momento. ¿Y mañana?... Mañana todo habrá desaparecido, porque se trata de un cadáver que el olvido enterrará para siempre.

Obra sin bondad, sin verdad y sin belleza, no tiene recuerdo alguno que dejar en la memoria. Pasada la agitacion del primer asombro, ¿quién se tomará el trabajo de es-

carbar en la sepultura para que el muerto resucite? Ni la impiedad misma podrá recordar con gusto el sabor de la última blasfemia, porque si es visible que el autor ha querido decirla, es igualmente cierto que no ha sabido expresarla.

En cuanto al autor, consignémoslo con pena, no es literato, ni es artista, es, si, artífice. Comprendemos muy bien que la construcción de su obra tenga todavía con la boca abierta á muchos ingenieros, porque hay en ella algo del atrevimiento de los puentes colgantes, algo de la audacia subterránea de los túneles. Viene á ser un camino trazado á campo-traviesa, cuya ejecución ha exigido dolorosas expropiaciones en los terrenos propios del sentido comun y del arte: expropiaciones forzosas, no ciertamente por causa de utilidad pública.

¡Ah, Sr. Echegaray!... ¡Qué celebridad tan triste! ¡Qué talento tan mal empleado!...

LOS SUICIDIOS

¿Quién es Mr. Lefebvre?

Es un hombre audaz, un médico importuno, un sabio temerario que ha tenido la ocurrencia de inquirir y la impertinencia de advertirnos que... indignémonos... que la civilización moderna es una enfermedad, mejor dicho, que todo lo que constituye hoy nuestra gran vida no es más que nuestra muerte.

Hay muchos hombres, ¡insensatos! empeñados en detener los delirios de la razón soberana en nombre de la ciencia y de la Fé; hay también quien ha levantado su voz contra los extravíos del lujo en nombre de la honestidad y de la virtud, pero faltaba por lo visto quien pretendiera detener la corriente impe-

tuosa de la vida moderna en nombre de la vida misma.

Hé aquí un loco que ha decidido matarnos so pretexto de que estamos muertos.

Tal es Mr. Lefebvre.

Aquí tenemos al hombre que, sepultando la mirada en la lobreguez de las miserias humanas, ha sacado á la luz del mundo de la oscuridad de los hospitales esta sentencia terrible y á la vez absurda.

Él dice: «El espíritu que anima á la sociedad moderna es un espíritu mortal.»

Ó lo que es lo mismo:

La muerte está en el alma.

Para llegar al término cruel de esta averiguacion perfectamente oculta en las profundidades de nuestra inmensa felicidad, Mr. Lefebvre se ha servido de un procedimiento bien extraño.

Recusando el juicio de los hombres, que al parecer no han perdido todavía la razon, y desentendiéndose del testimonio fehaciente de los vivos, ha apelado á la formalidad de los que están rematadamente locos y al testimonio de los que están completamente muertos.

Contra los cuerdos presenta á los locos, contra los vivos invoca el testimonio de los muertos y levanta contra la lisonjera flexi-



bilidad de las palabras la acusacion aterradoradora y auténtica de los números.—¡Qué atrocidad!...

Mr. Lefebvre, con cruel sabiduría, viene á sorprendernos en medio de nuestra viva felicidad con la mortal advertencia de que somos los séres más desdichados de la tierra.

La voz sepulcral de sus números debe resonar en nuestros oídos, como resuena en los oídos de los enemigos de Lucrecia Borgia el canto fúnebre que, en medio de la alegría del festin, les anuncia que todos están irremisiblemente envenenados.

Mr. Lefebvre observa con triste mirada que la enagenacion mental progresa en nuestros días con proporciones alarmantes, y que el suicidio, que no quiere ser ménos que la locura, le disputa á ésta con obstinado empeño el dominio de los hombres.

No ha ido Mr. Lefebvre á buscar los datos seguros de su estadística en los pueblos salvajes de África, ni ha pretendido encontrarlos en las vastas regiones de la India, donde yá la culta Inglaterra ha introducido á cañonazos la suprema felicidad del opio civilizador.

Mr. Lefebvre es, digámoslo así, más modesto en sus estudios; su mirada cruelmente investigadora, no ha querido pasar de París y

de Londres, ni siquiera la ha fijado un momento en Madrid, como si por un error geográfico que muchos críticos no le perdonarán, creyera que España no pertenece aún á esa Europa modernamente civilizada.—¡Cómo se engañan los sabios!...

El progreso de la locura se ofrece al estudio de Mr. Lefebvre en esta forma estadística:

En 1836 la Francia contaba un demente por cada 3,024 habitantes, y en 1851 había llegado yá á contar uno por cada 1,676.

Es decir, que en quince años se ha duplicado en Francia el número de los rematadamente locos.

En 1783 se consumaban en Francia 150 suicidios anuales, pero yá en 1865 la suma de los suicidios anuales llegaba á 4,000.

Aquí, Mr. Lefebvre aterrado, debió exclamar:

¡Veintiseis veces más!...—¡Qué progreso!

No se señala en los datos que tengo á la vista el número de locos que en esa estadística creciente corresponde á la Gran Bretaña, sin duda porque no le ha parecido natural á Mr. Lefebvre que se entreguen á los delirios de la locura los hombres más juiciosos del mundo.

O quizá en su calidad de francés ha sentido

las respetables sugerencias del espíritu nacional, ocultando que Inglaterra puede competir con Francia en el desarrollo progresivo de la demencia.

No hay inconveniente en dejar al lector en libertad de creer que los locos escasean en un pueblo donde todo marcha con la precisa regularidad de un cronómetro y donde está prevista la nulidad de los contratos hechos después de comer, en atención á que, según parece, es bastante general entre los ingleses la costumbre de almorzar fuerte.

Mas sea de esto lo que quiera, el caso es que Mr. Lefebvre guarda silencio acerca de este punto, pero se ve obligado á reconocer la superioridad de Inglaterra acerca del otro punto.

Confiesa que en la Gran Bretaña el suicidio aumenta, esto es, progresa en proporciones considerables y no necesita salir de Lóndres para averiguar que en aquella ciudad, centro de la civilización moderna, sale la cuenta á más de tres mil suicidios por año.

Á esta altura nos encontramos.

Permítaseme que aumente aquí los datos de Mr. Lefebvre con uno que acabo de recoger en los periódicos y que viene como una justísima reclamación, en que la nueva América

pide la parte que de derecho le corresponde en el progreso moral que reparte por el mundo la Europa civilizada, esto es, la Europa moderna.

Los periódicos de Nueva-York consignan veintisiete casos de suicidio premeditado en el trascurso de una sola semana, de manera, que repartida la cantidad conocida, tocan á cuatro suicidios por día.

Entre estos suicidios hay uno característico que merece particular mencion.

Para el yankée la vida no es más que un bolsillo de piel ó una bolsa de cuero que hay que llenar con una cantidad mayor ó menor de pesos fuertes, segun la capacidad de cada uno.

Pues bien, hé aquí un yankée que debia ser un saco de cuero completamente vacío, y, lo que es natural, quiso llenarse pronto y bien, y aquel hombre, digámoslo así, que no creia más que en el dinero, creyó en una *fortunatalles*, esto es, en una gitana; más claro, en una bruja que le ofreció el premio gordo de la loteria.

Pero los números, que por una rivalidad bien escusable suelen burlarse á menudo de las palabras. sus eternos rivales, dejaron esta vez burladas las promesas de la bruja, y el

premio gordo cayó en otro yankée, es decir, en otro bolsillo.

No sé qué género de pensamientos pueden cruzarse por la capacidad vacía de un saco que no se llena, pero en el caso presente el yankée debió pensar que el saco de su vida le era inútil y rompió el saco.

Hay una especie de locura que no se sabe á punto cierto si existia hace cien años; pero que Mr. Lefebvre ha averiguado de positivo que en la actualidad hace millares de víctimas, lo que induce á creer, á lo ménos á sospechar, que es una enfermedad moderna, ó lo que es lo mismo, un adelanto del siglo.

Esta locura ofrece á la consideracion de la ciencia caractéres muy singulares y se conoce con el nombre de locura paralítica, porque se manifiesta por medio de parálisis parciales, y en especial de la lengua.

Y aquí digo yó: ¿cómo es posible que haya salido de las entrañas de nuestra civilizacion una enfermedad que especialmente se dirige á matar la palabra en la misma boca del hombre moderno?

Es verdad que esa enagenacion absurda se muestra casi siempre con ilusiones de poderío, de grandeza y de fortuna, y en ese caso bien podemos admitir con orgullo la gloria de una

enfermedad que, al fin y al cabo, convierte al loco en poderoso y en feliz al suicida.

¿Qué importa que no lo sea si él cree que lo es ó que puede serlo?

So pretexto de librarnos de esta enfermedad que acaba con la razon y con la vida, Mr. Lefebvre intenta arrancarnos los goces más propios y más característicos de la vida moderna.

Sólo nos permite vivir si nos despojamos de la vida que vivimos. Consiente que vivamos como vivimos, pero ha de ser muriendo, con la demencia por realidad y el suicidio por término.

Este médico austero, sombrío, implacable á título de una estadística inexorable, quiere hacernos creer que existe en las entrañas de la civilizacion que nos vivifica un gusano infatigable que roe nuestra vida, la vida del alma.

Ese gusano oculto, íntimo, dice que es el *sensualismo*.

Claro está; Mr. Lefebvre, por salyarnos de la locura y del suicidio, pretende nada ménos que arrancarnos la vida.

Quiere que nuestra razon no sea libre hasta el punto de extraviarse; quiere que despreciemos los goces materiales de tal manera,

que no nos desespere la imposibilidad de satisfacer los más fantásticos de nuestros apetitos, los más cultos de nuestros imposibles deseos.

Mr. Lefebvre quiere matarnos para que podamos ir viviendo. El absurdo no puede ser más estupendo.

Nos pide en cambio de una salud, que después de todo, no alargará nuestra vida más allá de la muerte, el libertinaje de nuestra razón y la satisfacción continua de nuestros más vivos placeres.

¡Oh! quiere que nos enterremos vivos.

¿Habríamos de entregarle esta inmensidad de deleites en que nos agitamos por unos cuantos días de vida pobre, oscura, modesta y sana?

Véase bien lo mucho que nos pide en cambio de lo poco que nos dá.

Nos dá la razón, esto es, lo que nosotros perdemos, lo que nosotros damos en cambio de cualquiera pasión fugitiva ó de cualquier vicio no satisfecho.

Nos dá la vida, esto es, lo que nosotros entregamos á la muerte por un puñado de oro perdido, por cualquier cálculo fracasado por vanidad ó por soberbia, por las más comunes miserias.

Mr. Lefebvre nos propone un negocio que no podemos aceptar.

Nosotros perderemos la razon, perderemos la vida; pero ¡ah! Mr. Lefebvre pierde el tiempo.

Sus números no valen más que nuestras palabras.

II
Dos rasgos particularísimos dan al carácter de nuestra época cierto aspecto de originalidad indisputable: rasgos opuestos que se contradicen, que pugnan entre sí, y que, no obstante, se buscan, se enlazan y se completan como si no fuesen más que dos partes de un mismo todo: el anverso y el reverso de una misma medalla; la cara y la cruz de la misma moneda.

Decididamente hemos alcanzado los mejores tiempos del mundo: todo cuanto nos rodea nos sonríe, y la ciencia y el arte, el comercio y la industria se desviven por llenar de delicias el fragil vaso de nuestra vida. Claro está que no hemos de alcanzar la continua

satisfacción de nuestros deseos, sólo con tender la mano; el hospedaje es magnífico, y por lo mismo caro; porque una vida cara supone una gran vida, y una vez decididos á dar una vuelta por el mundo, hay que vivir á peso de oro. Aún se dice que la tierra es un valle de lágrimas; y si la vida nos cuesta en ella un ojo de la cara, hé ahí precisamente por qué nosotros somos los que llevamos la ventaja de no poder llorar más que con un ojo.

El afán de vivir se descubre inmediatamente que fijamos la vista en la superficie de la animada sociedad que formamos; pero si descubrimos un poco el fondo de esa misma vida, encontramos debajo del afán de vivir la manía de matarse, porque la felicidad y el suicidio andan por el mundo cogidos de las manos, más bien, codo con codo, como dos compañeros inseparables. No sé qué especie de cadena los une entre sí, ni qué género de grillete los ata á la larga cuerda de la vida moderna.

Ello es que, en medio de la algazara en que habitualmente vivimos y del tumulto con que nos animamos, raro es el día que no nos salpica el rostro la sangre de algun suicida. Y cosa bastante singular, salen al paso de nuestras esperanzas, y se tienden delante de nues-

tra alegría los cadáveres de aquellos que, por pura desesperación, conciben y realizan el propósito de quitarse de enmedio. Pudiera decirse que la muerte misma, bajo su aspecto más horroroso, deslumbrada por los encantos de la vida, acude también á echar su tremenda carcajada en la loca embriaguez del comun regocijo.

El que se muere, al fin y al cabo no hace más que cerrar involuntariamente los ojos para no volver á abrirlos, so pretexto de esa última enfermedad, siempre incurable.

Es cosa muy triste esto de tener los días contados; pero si por casualidad nos coje de humor y el muerto ha dado algo que decir en el mundo, nos apoderamos buenamente de su celebridad, paseamos pomposamente sus despojos mortales por los sitios más públicos, haciendo de un entierro una fiesta. Quiere decir, que la vida á su vez acude á reirse de la muerte en las barbas mismas de la eternidad. El cadáver se queda en el cementerio, y el mundo, agotado el momentáneo recreo de su pomposo dolor, le vuelve la espalda á la sepultura para no volverse á acordar más de de ella.

Hay días tan tristes, mejor dicho, tan insulsos, que el mundo se moriría de fastidio si

la muerte no acudiera á ofrecerle la novedad de algun entierro extraordinario.

Muy bien: miéntras los adelantos del siglo no nos aseguren la salud permanente y la vida perpétua, subsistirá la añeja preocupacion de morirse. Entretanto, dejemos á la vejez y á las enfermedades el monopolio interino de la vida. Pero ¿qué especie de decrepitud ó qué clase de enfermedad es la del suicidio? ¿Qué género de muerte es ésta que nos acomete con nuestras propias manos en el momento en que el mundo nos deslumbra con sus más seductores atractivos? ¡Matarse cuando la vida es todo! ¡Aniquilarse cuando á todos nos ciega el empeño de ser algo en el mundo, y, Dios mio, cuándo tan fácil es serlo!...

En rigor, no se trata de una enfermedad, se trata de una epidemia, porque el suicidio ofrece yá todo el aspecto de un contagio; los casos se multiplican en manos de la muerte en la misma proporcion que los goces se multiplican en manos de la vida.... Hay aquí una lucha formidable trabada entre la vida y la muerte; por cada placer que el mundo arroja á la hambrienta voracidad de la vida, la muerte descubre á nuestros ojos por todas partes el continuo espectáculo de nuevos suicidios.

Podemos estar orgullosos de la grandeza

de nuestras obras monumentales; no he de ser yo el que le dispute al mundo moderno el honor casero de admirarse á sí propio; pero es el caso, que apénas levantamos en las alturas del aire los arcos prodigiosos de un puente increíble, apénas tendemos sobre la tierra los rayls de un camino de hierro, apénas abrimos al recreo público las risueñas calles de un jardin maravilloso ó la tranquila profundidad de un estanque apacible, cuando la muda presencia de un cadáver nos dice que por allí acaba de pasar la muerte. El suicida busca los lugares de nuestras ostentaciones, de nuestras grandezas y de nuestras delicias para dejarnos allí la horrible herencia de sus restos mortales. El suicidio es yá una cuestion de policía urbana.

Bueno que la gente se muera, porque al fin, llegado el momento, cada uno se esconde en el último rincon de su casa, y allí, digámoslo así, á sorbo callado, lucha con los últimos momentos de la vida, y, semejante á la luz de una lámpara, se consume y se extingue. Hay, sí, un duelo que no sale de las cuatro paredes de la casa y un luto que no vá más allá del estrecho círculo de la familia; lágrimas, por lo comun, solitarias, que acaban al fin por enjugarse; lutos que se esconden, y

más tarde, ó más temprano, se desvanecen como sombras que la luz del mundo disipa. Mas estos homenajes fúnebres, tributados á la muerte en la intimidad de la casa y de la familia, debemos tomarlos como triunfos de la vida, porque el morir se no sería tan triste si el génió de la sociedad moderna no hubiera hecho la vida tan amable.

Y hé aquí la contradicción que nos asalta: la vida tan amable, y el suicidio tan frecuente; al lado de todas las satisfacciones de la tierra, todas las desesperaciones de la vida. Si me es permitido unir dos términos opuestos para expresar completamente la confusión moral en que nos hallamos, diré que hemos llegado á esa plenitud de bienestar, en la que nos ahoga la angustia de la felicidad. El fastidio es entre los ingleses la causa, por lo comun, determinante del suicidio. Allí, donde la posesión de los bienes materiales constituye el bello ideal de la vida humana, basta que un lord se encuentre dueño de una fortuna fabulosa en libras esterlinas para que inmediatamente busque la manera más original de poner fin á su existencia. *Spleen* es una palabra enteramente inglesa, en cuyo fondo todo inglés, excesivamente dichoso, encuentra una cuerda con que ahorcarse. Yá se ve, en ese país

clásico de la filantropía y del cálculo, hay en el suicidio reflexión y humanidad. Después que se han agotado todos los placeres de la vida, ¿qué le queda ya que hacer á un inglés sobre la tierra? Y si realmente sobra el número de los vivos, ¿cuán humanitario no es dejar á otro su puesto en el mundo!

Nosotros no hemos llegado todavía á ese suicidio juicioso, formal, grave y hasta sesudo. Los suicidas aquí no se matan por fastidio de la vida, sino por afán de vivir. Se juegan la vida á la vida, y hé ahí que la pierden.

La civilización nos convida á un festín perpetuo, y si no nos abren pronto las puertas del banquete, nos arrancamos la vida en los umbrales mismos de la dicha.

Todas las precauciones adoptadas en el viaducto de la calle de Segovia para impedir la frecuencia de los suicidios, no son solamente inútiles, sino que además se oponen á la corriente natural del siglo. Parece que el suicida se complace en señalar con el paso de su cadáver los lugares en que más ostentación hacemos de nuestro orgullo; y hay que confesar que está en su derecho. Es un testimonio de prosperidad, ya no hay quien no tenga sobre qué caerse muerto.

El canal estaba demasiado lejos de Madrid;

podría creerse que el suicida, al buscar la muerte, huía del mundo como si quisiera esconderse ántes de matarse, y como si quisiera ocultar su crimen á los ojos de los hombres, se sepultaba ántes de morir. Yá no se trata de ese suicidio, digámoslo así, vergonzante; el viaducto es más ejecutivo, más público, más teatral, y sobre todo, está en medio de la poblacion, en medio de la vida.

Midiendo por el suicidio el movimiento civilizador de nuestros dias, se nota fácilmente que la manía de matarse crece en razon directa del afan de vivir. En la ignorancia de las aldeas y en las soledades de los campos, el suicidio es desconocido: ¡pobres gentes! Si apenas viven, ¡cómo han de pensar en matarse! La naturaleza, empeñada en saberlo todo, se niega á entrar en los fastuosos caminos de la civilizacion, y el suicidio se detiene espantado ante la triple sencillez de la ignorancia, de las costumbres y del trabajo. Conforme se va penetrando en los grandes focos de la vida moderna, el suicidio se va presentando y multiplicándose en proporcion de los goces que la vida ofrece. Madrid es, sin duda, tratándose de España, el centro del cual parten los rayos luminosos de la ilustracion que nos regenera, porque en un certámen de civi-

lizacion, ningun pueblo podria presentar un número tan considerable de suicidios.

Igual fenómeno se nos presenta, si miramos la sociedad de abajo arriba: las últimas clases parecen exceptuadas de este tributo de cadáveres que la civilizacion, que es la plenitud de la vida, paga al suicidio, que es tres veces la muerte: el deshonor, la perdicion del alma y el aniquilamiento del cuerpo. Cuatro veces crimen: crimen contra Dios, contra la naturaleza, contra la sociedad y contra sí mismo.

En esas regiones donde todavía se cree, se ama y se espera, el suicidio no llega; pero nos sale al encuentro todos los dias en medio de los placeres y de las disipaciones del mundo civilizado, donde podemos decir que se halla el colmo de la vida.

En el fondo de la felicidad con que se nos convida á vivir, hay un revolver con que romperse la cabeza, una cuerda de que suspenderse, ó un abismo en donde precipitarse.

Bien podemos exclamar en el alborozo de nuestra dicha:

¡Oh desesperada felicidad...! En el afan de vivir está la manía de matarse.

lización, ningún pueblo podrá presentar un
 estado tan considerable de sus cosas.

El tal fenómeno se nos presenta, si mira-
 mos la sociedad de abajo arriba; las últimas
 clases parecen excepcionales de este orden de
 cadáveres que la civilización, que es la pic-
 tural de la vida, para el suicidio, que es tres
 veces la muerte: el deshonrar, la perdición del
 alma y el aniquilamiento del cuerpo; cuatro
 veces crímenes: cinco contra Dios, contra la
 naturaleza, contra la sociedad y contra el

En esas regiones donde todavía se cree

que se espera el suicidio no llega; pero nos
 falta para las cosas de los siglos, para
 salir al encuentro de los siglos en medio de
 los siglos, de las instituciones del mundo
 que nos rodean, de las instituciones que se
 crean, de las instituciones que se crean,
 de las instituciones que se crean, de las
 instituciones que se crean, de las institu-
 ciones que se crean, de las instituciones que se crean.

En esas regiones donde todavía se cree
 que se espera el suicidio no llega; pero nos
 falta para las cosas de los siglos, para
 salir al encuentro de los siglos en medio de
 los siglos, de las instituciones del mundo
 que nos rodean, de las instituciones que se
 crean, de las instituciones que se crean,
 de las instituciones que se crean, de las
 instituciones que se crean, de las institu-
 ciones que se crean, de las instituciones que se crean.

En esas regiones donde todavía se cree
 que se espera el suicidio no llega; pero nos
 falta para las cosas de los siglos, para
 salir al encuentro de los siglos en medio de
 los siglos, de las instituciones del mundo
 que nos rodean, de las instituciones que se
 crean, de las instituciones que se crean,
 de las instituciones que se crean, de las
 instituciones que se crean, de las institu-
 ciones que se crean, de las instituciones que se crean.

III

Entre todas las cosas de que somos particularmente dueños sobre la tierra, ninguna nos parece más legítima, más propia, más nuestra que la vida. Y en verdad, si se considera que empezamos á disfrutarla desde el primer momento en que nacemos, y que nadie puede despojarnos de ella hasta el último instante de la muerte, lícito nos será creer, así á primera vista, que nos corresponde por la fuerza de un derecho invencible apésar de que no está escrito en ninguna parte.

Nada hay ciertamente más personal ni más exclusivo que la vida. La adquirimos al nacer por misteriosa herencia; nos sigue á todas partes en nuestro paso por la tierra; nace con

nosotros; vive con nosotros; muere con nosotros, y aún me atrevo á decir que nos la llevamos al sepulcro como si la poseyéramos por título de propiedad intrasmisible; la perdemos sin que haya quien pueda apropiársela; su legitimidad consiste en que á ningun hombre le es permitido usar días de otro, pues para el caso de vivir á nadie le sirve más que su propia vida. Es un billete personal ante el que se nos abren las puertas del mundo, título intransferible, especie de cédula de vecindad que nos expide la naturaleza en virtud de órdenes reservadas que recibe de la Providencia.

Así nos encontramos manos á boca con la vida como si nos cayese por la chimenea; vida adquirida grátis, de la que nos declaramos dueños absolutos, con pleno dominio sobre ella. Mas penetrando un poco en la secreta intimidad que nos une á la vida, cuyo profundo abismo no puede sondear la mirada de los ojos humanos, nos asalta una cuestion de pertenencia que voy á exponer sencillamente.

Yo digo: el calabozo destinado á encerrar al culpable detenido por la justicia de los hombres, ¿pertenece al preso, ó es el preso el que pertenece al calabozo en que está encer-

rado? ¿Quién posee aquí? ¿Las ligaduras que sujetan, la cadena que aprisiona, ó las manos que las ligaduras oprimen ó aprisionan las cadenas?

Ciertamente la lengua, eterna habladora que todo lo dice, nos autoriza para que podamos decirlo todo, y en virtud de este derecho puramente lingüístico, cualquiera se apropia el dominio de su existencia diciendo: esta es mi vida. Muy bien; mas del mismo modo y con más perfecto derecho le será permitido á la vida exclamar: hé ahí mi hombre.

Porque vamos á cuentas. ¿Depende la vida del hombre, ó es el hombre el que depende de la vida? Convengo en que, suprimiendo al hombre, la vida humana no sabría qué hacerse; pero suprimase la vida y se acabó el hombre. Hay un verbo en todas las lenguas que contiene un sentido profundamente reflexivo y verdaderamente digno de meditacion: sobrevivirse, esto es, vivir uno más que sí mismo; la vida más allá del hombre. La inmortalidad es la plenitud de la vida, y ¡cosa admirable! nadie en el mundo es inmortal hasta que muere, lo mismo de tejas arriba que de tejas abajo.

El suicida es por consiguiente un hombre que se mata y un sér que no muere.

Nada hay sobre la tierra más comun ni más continuo que el espectáculo de la muerte. Hay quien duda filosóficamente si vive, hay muchos hombres que no aciertan á darse cuenta segura de la vida; pero nadie duda de que ha de morir. Acaso el testimonio más auténtico que tenemos de la vida es la muerte; al morir es precisamente cuando el hombre reconoce con toda claridad que ha vivido, por- que la vida suele no dejarnos pensar en la vida.

Pues bien; esta evidencia de la muerte que todos tenemos, no es por cierto indicio que pueda conducirnos á la idea de la eternidad. ¿De dónde ha sacado el género humano el conocimiento de una vida perpétua, cuando la muerte está en todo lo que le rodea? El hombre no puede tener idea de lo que no tiene idea, y si no tiene idea de la eternidad, ¿cómo la tiene? Ni la ciencia ni la naturaleza han podido grabar tan clara y tan profundamente en el corazon de la especie humana el sentimiento de esa vida sin término que nos espera al otro lado del sepulcro. ¿Ha podido el génio adivinarla? ¿La razon del hombre ha conseguido presentirla? Bien, pero esa idea abstracta, ¿cómo ha llegado á ser una realidad en los hombres de todos los tiempos y de todos los pueblos?

Más aún: la historia nos habla de la eternidad, ántes que de la sabiduría y de la ciencia de los hombres; parece que es la primera palabra que se ha pronunciado sobre la tierra, diríase que el hombre ha tenido la percepción de la eternidad ántes que la evidencia de la muerte. Si fuera posible arrancar del linaje humano el sentimiento de la inmortalidad se consumaría el más cruel de los asesinatos.

Todavía hay más: los que arrastrados por las corrientes impetuosas de los errores filosóficos niegan la existencia interminable del alma humana, no se atreven á negar la inmortalidad, y no sabiendo qué hacer de ella se la atribuyen á la materia: la materia increada y la materia sin fin. Este es el gran suicidio. El error viene á ser aquí la cuerda con que el sabio infausto pretende ahorcar á su propia alma: es la desesperación de la ciencia que todo quiere saberlo, y por la ley de una justicia que no nos es dable eludir, el suicidio que atenta contra la inmortalidad del alma, es el que engendra esa multitud de suicidas que diariamente arrojan sus cadáveres delante del carro triunfal de nuestras disipaciones.

Grande debe ser la desesperación del que atenta contra sus días, pero ¡cuán horrible

será su angustia al ver que se ha matado y que no ha muerto! Desaparece el hombre y queda el suicida.

Y bien, ¿la vida nos pertenece? ¿Es una propiedad ó un censo? ¿Es un privilegio ó un castigo? ¿Somos sus dueños ó sus esclavos?

En verdad, esta es una cuestion de hechos. Por de pronto constituye una deuda tan sagrada que nadie ha negado todavía: todos reconocemos que la debemos á nuestros padres. Estos son los primeros acreedores que se nos presentan á pedirnos cuentas de ella. ¿Dónde está el hombre que no le debe la vida á su padre? Y, francamente, ¿á quién le será lícito creer que es suyo lo que debe?

Saldada esta cuenta, aparece un nuevo acreedor más imperioso, más exigente, y si es posible decirlo así, más avaro. Este acreedor es una mujer que, armada con el derecho de sus encantos, invade nuestro corazon, nos embarga la vida, se la apropia, la hace suya, y como si quisiera dar testimonio de la legitimidad de su dominio, alguna vez la vende.

¡Con qué ternura deja escapar de sus ojos miradas que todo lo quieren, que todo lo poseen, que todo lo animan! Parecen las llaves con que abre las puertas de vuestro corazon, para entrar en él como en su propia casa.

Observad con qué sencillez toma posesion de esta herencia. Os rodea con sus brazos, os sonrie como si quisiera dulcificar el vasallaje que os impone, y exclama:

«¡Vida mia!»

Desde este momento vuestra vida es suya, la habeis prometido ante Dios y ante los hombres, y yá no os pertenece, y para hacer más firme el dominio á que os sometéis, en esa esclavitud está vuestra felicidad. Desde ese momento no sois más que simples administradores de vosotros mismos, que tendréis que dar cuenta de vuestras acciones, de vuestras palabras y hasta de vuestros pensamientos. Gramaticalmente hablando, no sois más que un genitivo de posesion. ¿Cómo se podrá decir que es nuestra, una vida que no nos pertenece?

Detrás de la mujer está la familia, como detrás de la palabra está el pensamiento, detrás del número la cantidad, y detrás del individuo la especie. Mujer es un nombre colectivo, porque decir mujer, es tanto como decir hijos. Ahora bien, ¿qué padre no vive para sus hijos? Son su vida; la partió con ellos al darles el sér, y ni Dios, ni la razon, ni la naturaleza le permiten reclamarla.

Á las puertas de la familia, en el umbral mismo de la casa está la sociedad.

¿Qué quiere?

Quiere vuestra vida.

¿Es suya?

Suya; le pertenece en nombre de la verdad, en nombre de la justicia, en nombre de la patria.

La religion, más augusta que la patria, nos la pide. También se la debemos á Dios. Él solo la dá y la quita, y nos la reclama en nombre de la virtud, del sacrificio, del heroismo y del martirio.

Repartida así la vida del hombre, ¿qué vida le queda? Si no es suya, ¿cómo puede disponer de ella? Es un depósito que poseemos sin que nos pertenezca.

El suicidio es un robo hecho al padre, á la mujer, á los hijos, á la religion, á Dios y á los hombres.

Pero bien, tú eres un hombre ilustrado, estás al cabo de la calle de tu siglo, y ¡quién te engaña!... No reconoces la legitimidad de tantos acreedores y te guiñas interiormente el ojo como si tú mismo fueras tu cómplice. Tú, que lo niegas todo, ¿cómo has de reconocer deuda ninguna? Padres, mujer, hijos.... ¡Bah!... Dios.... la patria, la virtud, la verdad, la justicia.... ¡Qué tonterías! Bastante le debemos al sastre, al usurero, al fondista, para ir á

meternos ahora en nuevas trampas. Tu vida es tuya, te pertenece desde el momento en que naciste. ¿Qué más necesitas saber para declararte dueño de ella? Y si es tuya, si á nadie se la debes, ¿quién puede impedirte que en la exacerbacion de tu sensualidad insaciable, de tu envidia ó de tu codicia, no dispongas de ella? ¿Tan léjos está de tu casa el viaducto de la calle de Segovia, que te resignes á seguir viviendo? ¿No es el revolver la última fórmula de la felicidad que por todas partes nos sonríe?

Mas.... tú, sin Dios, sin religion, sin patria y sin familia, ¿eres acaso dueño de tu vida? Los placeres que te embriagan, los vicios que te asedian, las pasiones que te devoran, ¿no son los herederos implacables de la testamentaria de tu alma? Tú, entre todos los hombres, eres el más esclavo de tu vida.

Mírese como se quiera, la vida es la propiedad que ménos nos pertenece; todo nos dice que no es nuestra, y los suicidios se multiplican entre aquéllos á quienes ménos pertenece.

La estadística del mundo ilustrado por la civilizacion moderna espanta por el número de suicidios que registra; pero espanta más todavía por la causá que los ocasiona.

La ciencia, ingénuamente impía que nos inficiona, hace hombres sin Dios, ciudadanos sin patria, séres sin familia, y hé ahí los que se matan. Sin Dios, sin familia y sin patria, ¿qué tiene que hacer el hombre sobre la tierra?

El suicidio es el supremo absurdo, es además la suprema infamia; resta saber si es al mismo tiempo la suprema cobardía.

IV

En unos tiempos en que todo se pesa, todo se mide y todo se cotiza, es lo más natural del mundo que el valor haya pasado de los hombres á las cosas, y que, dejando de ser una cualidad moral, lo encontremos convertido en circunstancia mercantil. Parece que ha pasado la edad del valor, la edad de los héroes y la edad de los mártires, y es indudable que estamos en la edad de los valores, esto es, en la edad de las ganancias y de los capitales.

Realmente, la trasformacion que advertimos en el sentido de esa palabra resulta de un simple cambio de lugar; los héroes han encontrado siempre el valor en la entereza de sus corazones; los mártires en la grandeza de

su fé y en el heroísmo de sus virtudes; el hombre moderno lo lleva en el bolsillo.

Hemos concedido al dinero el privilegio exclusivo del valor supremo, cuando precisamente el dinero es lo más cobarde que hay sobre la tierra; la más ligera sombra lo asusta; si lo amenazan huye; si lo buscan se esconde; el peligro lo aterra.

La naturaleza, que sabe dar á cada cosa lo que le pertenece, ha señalado al oro el color amarillo, como si hubiera querido marcar su frente con la palidez del espanto. Por eso no hay miedo semejante al de los que, segun se dice en el lenguaje del mundo, tienen algo que perder. Me permito asegurar que la mayor parte de los hombres de bien viven muy honradamente vendidos á los cuatro cuartos que poseen; dejarán que el mundo se pierda y que el cielo se hunda, en atencion á que ellos no tienen más que lo necesario para ir viviendo.

Tener algo que perder es una frase que puede yá traducirse de esta manera: haberlo perdido todo. Nadie lamenta más que los hombres de bien el desastre moral de que somos testigos, pero no han de tirar la casa por la ventana, so pretexto de que la sociedad se disloca y el género humano se envilece. Que suba la Bolsa y bajen las contribuciones,

y á este precio podrán los gobiernos ir tranquilamente delante del motin para evitar desórdenes. El ciudadano honrado y pacífico de nuestros días es un sér que acaso no se deje sobornar por nadie, pero que acaba, al fin, por sobornarse él mismo. La verdad lo asusta; siente miedo de tener razon, y si al acostarse murmura del estado de las cosas, de la Constitucion y de las Córtes, del Pueblo y del Rey, se mete al fin en la cama, pone su dinero debajo de la almohada, y duerme toda la noche á pierna suelta.

No quiero yo decir con esto que se ha extinguido en el mundo la noble raza de los héroes, y que está yá agotada la augusta familia de los mártires; nó: aún tienen los Estados carne de cañon de que disponer, carne de ese héroe desconocido y siempre ignorado, que va porque lo llevan, dá la vida porque se la piden, y muere porque lo matan. Vivo es un número, muerto es *una baja*. No quiere matar y mata, no quiere morir y muere. Napoleon fué más bien un génio que un héroe. Aún quedan héroes del entusiasmo y de la fé, que llevan su sangre al sacrificio como homenaje tributado á Dios y á la patria. Pelean por el templo en que rezan, por el cielo que los cubre, por la tierra que pisan, por el hogar de sus

padres, por el hogar de sus hijos. No es tanto el héroe que acomete como el héroe que rechaza: no atacan, se defienden. ¿Qué esperan? ¿El triunfo?... ¿Quién sabe!... Ese es el secreto de la Providencia; sólo el Dios de los ejércitos dispone de la suerte de las armas. Hé ahí su esperanza cierta, pero lejana. ¿Y qué importa? Son los héroes de la reconquista, los héroes de la Independencia. ¿Y qué alcanzan? Si mueren, una cruz sobre sus sepulturas; si sobreviven, las tiranías de la victoria, y vivos y muertos las injusticias del mundo, el honor del vilipendio y la gloria del ultraje.

Aún hay heroínas que consagran su vida á los enfermos, á los pobres, á los desamparados.... En medio de la fraternidad con que nos despedazamos han nacido las Hermanas de la Caridad, las Hermanas de los pobres. ¡Cruel heroísmo!... En vez de levantar los ojos para recrearse ante el espectáculo de nuestras felicidades, los bajan para ver el triste cuadro de todas las desdichas humanas. Se alejan del mundo sin abandonarlo, y semejantes á los rayos del sol, pasan por el lodo sin mancharse. La desgracia las atrae. Por la fuerza de una estética inexplicable, cada desventura tiene á sus ojos una belleza irresistible. Recogen en el camino de la vida los más ásperos abrojos,

y dejan en pos de sí las flores de sus beneficios. Hay quien las bendice, pero hay muchos más que las calumnian; si obtienen alguna vez el respeto del mundo, sólo deben contar con su indiferencia; viven ignoradas y mueren sin nombre y sin gloria. La cobardía de nuestras comodidades no comprenderá nunca el valor de esos sacrificios.

¿Y el mártir?... ¡Bah!... esta gloria humana no está por lo visto al alcance de los ojos del mundo.... Es verdad que se aleja del tumulto de la vida civilizada que se ha apropiado el derecho de repartir la admiración y la celebridad. No lo busqueis en los centros donde se decreta la inmortalidad y se erigen estatuas en honor de la audacia, de la soberbia y de la fortuna; no lo busqueis aquí donde el éxito es la gloria. Para encontrarlo hay que cruzar la soledad de los mares y dirigir el rumbo á las costas bravías de los pueblos salvajes.... Allí lo veréis sólo, descalzo, hambriento y desnudo, recorrer comarcas inhospitalarias en busca de esas gloriosas conquistas que Dios sólo concede á los esfuerzos de la humildad y de la fé. Á este prodigio del valor humano lo sostiene la fortaleza de corazón y lo guía el fuego de la caridad; la cruz es su espada; no lleva sobre su cabeza el esplendor

dor de esas coronas que hoy vemos vacilar en las sienes de todos los reyes; su corona es la corona sencilla y perpétua del sacerdote.

Va á morir y busca á sus verdugos para darles testimonio de la verdad con el sacrificio de su vida; va á sellar con su sangre el pacto de amor que ha de unir á los hombres sobre la tierra. Sin más antorcha que la luz del Evangelio, va á iluminar las oscuridades de la barbarie. Va á dar dos veces la vida: la vida del alma y su propia vida.

No es la muerte lo que le espera, es el martirio. Va á entregarse á todos los tormentos, á todas las crueldades, á todos los escarnios, con la sonrisa en los labios y la paz en los ojos.

Predica y muere, y sus últimas palabras son el perdón de los mismos que lo martirizan, y su cuerpo despedazado queda insepulto para que sirva de pasto á las fieras, ménos crueles que los hombres. Para que el sacrificio sea completo, no encuentra ni siquiera sepultura.

Aún hay mártires; pero el mundo no los ve, y apenas los concibe.... ¡Se vive tan bien en nuestros dias!... Si se tratara de penetrar en los misterios del Polo ó de fijar las fuentes del Nilo, la Geografía, agradecida y entusias-

mada, consagraria un recuerdo honroso á la memoria de los audaces investigadores; pero un misionero.... ¡Bah!... ¿Á qué tomarse el trabajo de llevar la cruz á los pueblos salvajes? ¿No tienen bastante cruz con carecer de las delicias de la vida moderna?... Bueno que se dispongan ejércitos y se preparen armadas para conquistar regiones que nos surtan de un thé más exquisito, de un café más perfumado, de tabacos más sustanciosos, de maderas preciosas y de pájaros raros....; pero misioneros, mártires.... ¡Oh! ¿Qué tenemos nosotros que ver con esas locuras del fanatismo?... Para traer, todo; para llevar, nada. Sin embargo, seamos justos: los ingleses, más generosos que nosotros, compran sus conquistas en la India á fuerza de ópio. ¡Qué diferencia!... La cruz, que es la carga más pesada que el hombre moderno puede encontrar en la vida; el ópio, que es el más dulce de los venenos.

Convengamos, pues, en que no hemos nacido en la época de los mártires, porque aún cuando los hay no los vemos; en cambio es evidente que vivimos en la época de los suicidas. Por una contradicción, bien explicable por cierto, apenas se ocurre la idea de morir, y ya no hay nadie libre de la idea de matarse. Morirse, ¡qué gran desdicha! Matarse, ¡qué

gran recurso! El que se muere se desespera, y al mismo tiempo el que se desespera se mata.

Echando bien la cuenta, nos encontramos con estas dos cualidades inconciliables: pocos que quieren morir, muchos que se matan.

Entre el mártir y el suicida hay un abismo, todo el abismo del mundo moderno.

El mártir dá su vida.

El suicida hace todo lo contrario, se la quita.

El primero bendice á los que lo matan.

El segundo se maldice al matarse.

El suicidio es la desesperacion.

El martirio es la esperanza.

Dice el mártir: Yo debo morir.

Dice el suicida: Yo quiero matarme.

Miéntas haya en el mundo un resto de civilizacion verdadera, será el mártir objeto de la veneracion humana.

Miéntas quede un destello de sentido sobre la tierra, será el suicidio objeto de horror entre los hombres.

¿Qué es el martirio?... El valor de la muerte.

¿Qué es el suicidio? Miedo á la vida.

El primero, es el espíritu esforzado que se adelanta á los peligros y desafía los tormentos.

El segundo, es el corazón cobarde que huye de las tribulaciones de la vida.

Ahora bien; si el martirio es el valor supremo, el suicidio tiene que ser la suprema cobardía.

El mártir sonríe al morir.

El suicida tiembla al matarse.

La civilización moderna, que le ha vuelto la espalda á la gloria de los mártires, se encuentra manos á boca con la ignominia de los suicidas. Los valores han acabado con el valor. Al martirio se va por el camino de todas las virtudes, al suicidio se llega por la pendiente de todos los vicios: hé ahí la senda que seguimos y el fin á donde vamos. La muerte lo ha sobornado todo: las cosas mueren y los hombres se matan. El árbol de la libertad parece que es el que han elegido para ahorcarse alternativamente los pueblos y los reyes.

El segundo, es el corazón cobardo que huye de las tribulaciones de la vida. Ahora bien; si el martirio es el valor supremo, el suicidio tiene que ser la suprema cobardía. El martirio consiste en morir por el bien. El suicidio tiende al mal. La civilización moderna, que le ha vuelto la espalda a la gloria de los martires, se encierra en un círculo de oro con la ignominia de los suicidas. Los valores han acabado con el valor. Al martirio se va por el camino de todas las virtudes, al suicidio se llega por la pendiente de todos los vicios: hé ahí la senda que seguimos y el fin a donde vamos. La muerte lo ha sobornado todo: las cosas muere y los hombres se matan. El árbol de la libertad parece que es el que han elegido para ahorcarse. Naturalmente los pueblos y las reyes.

CAPRICIOS DE LA LINGÜA

FRASES HECHAS

CLASIFICACION DE LAS LENGUAS

FRASES HECHAS

Las frases hechas son aquellas que se forman por la unión de palabras ya existentes en el idioma, pero que no se forman por la combinación de las palabras de un modo regular, como sucede en las lenguas flexivas. En estas lenguas, las palabras se combinan de un modo regular, formando nuevas palabras por la adición de prefijos, sufijos o por la combinación de palabras ya existentes. En las lenguas de frases hechas, las palabras se combinan de un modo irregular, formando nuevas palabras que no se forman por la combinación regular de las palabras ya existentes. Ejemplos de frases hechas son: "cabeza de turca", "corazón de león", "pie de gallo", etc.

... la descripción de los
 que se dedican al estudio de los idiomas.
 Después que sabemos bien la Gramática de
 una lengua, y llega á sernos familiar su dicción,
 nada todavía no podemos decir que la po-
 seamos, porque en todas ellas hay sus partes
 una gran parte, que me atrevo á llamar empi-
 ricas, libres, poco escrupulosas, que se funda de
 los más sabios filósofos, y de los más conser-
 vados gramáticos, parte que es preciso saber
 bien y otro día, y cuyo estudio, por tanto,
 me parece, tiene por mérito invisible á la con-

I

CAPRICHOS DE LA LENGUA

Tiene la lengua curiosas genialidades, momentos que podemos llamar de buen humor, en los que arroja á la circulación fórmulas felices que se aceptan en cuanto aparecen, y repetidas de boca en boca obtienen el comun asentimiento y entran en la respetable categoría de lo que llamamos *frases hechas*.

Sería inútil intentar indagaciones en busca de su origen, porque nacen espontáneamente, y rara vez se sabe quién fué el primero que las pronunció. Especie de vegetaciones de las lenguas, forman un modo de hablar generalmente pintoresco, por lo comun caprichoso y siempre expresivo, que viene á ser la elocuencia del vulgo, el lenguaje, digámoslo así, lite-

rario del pueblo, y la desesperacion de los que se dedican al estudio de los idiomas.

Despues que sabemos bien la Gramática de una lengua, y llega á sernos familiar su diccionario, todavía no podemos decir que la poseemos, porque en todas ellas hay una parte, una gran parte, que me atrevo á llamar empírica, libre, poco escrupulosa, que se burla de los más sabios filólogos y de los más consumados gramáticos, parte que es preciso aprender letra por letra y palabra por palabra un día y otro día, y cuyo estudio; puramente mecánico, tiene por maestro infalible á la multitud ignorante y por único libro de texto al uso.

Cuando se fija un poco la atencion ociosa en esas caprichosas expontaneidades de los idiomas que llamamos *frases hechas*, se advierte la completa incapacidad del hombre para crear una lengua.

Esta incapacidad evidente no ha sido bastante á impedir la arrogancia de pretenderlo. Todos hemos oido hablar con énfasis científico del vasto propósito de una lengua universal. La empresa era indudablemente digna de tomarse en cuenta, y en el Ateneo de Madrid se anunció con toda la solemnidad de su importancia la empresa audaz de dotar al género

humano de una lengua comun; el ministerio de Fomento facilitó algunos fondos para la realizacion de la idea, y la lengua universal tuvo sus secuaces, como algunos años más atrás habia tenido tambien sus partidarios el Eolo de Montemayor. Pero, yá se ve, lo que es imposible lo es siempre, aunque el Ateneo de Madrid lo patrocine y el ministerio de Fomento lo proteja; y es claro, la lengua universal cayó á poco tiempo en el panteon de las lenguas muertas, cosa singular, mucho ántes de haber nacido.

Reunidos todos los esfuerzos del ingenio humano se llegaria á construir el árido esqueleto de una lengua sin contornos, sin matrices, sin vida: lengua rígida como un cadáver, sin color, sin movilidad, sin fisonomía; lengua sábiamente imbécil, exótica, invariable, y despues de haber fabricado tan prodigioso artificio, nadie la hablaria.

La palabra es un don que debemos como el de la vida, como el de la inteligencia. La vida está en nosotros, y no somos nosotros los que nos la damos; la inteligencia suele prestarnos muy buenos servicios en el mundo; pero no está en nuestra mano concedérnosla ni áun conservarla; la palabra nos pertenece..., cierto..., mas no es el hombre el que

la ha creado; y para que esto no pueda desmentirse nunca por el orgullo humano, le está prohibido á los hombres forjar lengua alguna.

Mas sea como quiera, si no hemos creado la *palabra*, si no hemos sido nosotros, digámoslo así, los inventores de la simiente primitiva que ha producido la copiosa vegetacion de las lenguas humanas, quédanos el honor de ser el puñado de barro en que fué fecundada.

No es ciertamente la electricidad obra nuestra; yo, por lo menos, no tengo noticia de que nadie hasta ahora haya pretendido apropiársela por privilegio de invencion, y no obstante, la encadenamos á nuestras necesidades y nos sirve prodigiosamente en nuestras comunicaciones. Aún no sabemos que hombre alguno haya sido el autor de la velocidad, lo cual no quita que la aprovechemos en nuestro servicio, disponiendo de ella como de cosa propia.

Con las lenguas sucede lo mismo; pero ménos dóciles que la velocidad y que el fluido eléctrico, se niegan á seguir cáuce alguno trazado de antemano. Ellas se desprenden unas de otras, se forman por sí mismas, por sí mismas se enriquecen, se perfeccionan, se purifican y se corrompen.

La Gramática de cada lengua no es más que la anatomía y la fisiología de cada idioma, así como la Gramática general es la filosofía de la palabra.

¡Analogía.... sintaxis.... ortografía.... prosodia!... Cualquiera al oír pronunciar estos cuatro nombres, creará que bajo esas sabias denominaciones ha agrupado el hombre las reglas por que se han de regir los idiomas, reglas que él ha dictado según su voluntad y su sabiduría; pues es precisamente todo lo contrario, porque las Gramáticas nacen de las lenguas mismas; y el estudio en este punto sólo nos ha conducido á reconocer como únicas é inalterables las leyes que las mismas lenguas se dictan, sin que nos sea lícito ni siquiera discutir las.

Es verdad que esta es la sencillísima historia de todas las ciencias humanas: las leyes morales como las leyes físicas son anteriores y superiores al hombre; ni la sociedad ni la naturaleza dependen de su voluntad, ni proceden de su sabiduría, y así como no le es posible crear una sociedad ni crear una naturaleza, no le es posible tampoco crear una lengua.

Las Academias establecidas en todas las naciones cultas para conservar la pureza de

los idiomas, esos centros directivos de las lenguas, se hallan revestidas de una autoridad más aparente que efectiva. Sus facultades están reducidas á seguir ciegamente los movimientos del lenguaje y las excentricidades de la palabra.

Este tribunal, que parece único, ve su jurisdiccion invenciblemente limitada por un poder arbitrario, por el poder del uso; pues no hay fuerza académica que detenga el curso de una locucion, de una voz, de un giro, por vicioso ó por absurdo que sea, si una vez la mano invisible que dirige el movimiento de la palabra humana los ha puesto en circulacion. Todo el génio académico es impotente ante las genialidades de las lenguas; los más presuntuosos rigores de la Gramática ni las más precisas definiciones del Diccionario, bastarán nunca á contener sus caprichosas irregularidades. La Academia más sábia se resistiria en vano y acabaria por doblar la cabeza y someterse al imperio del uso. En rigor, estas ilustres corporaciones no tienen otra regla para resolver las cuestiones de analogía, de sintaxis, de prosodia, de ortografía y de significacion que de continuo se les ofrecen, y se ven obligadas á dar su sancion á las más disparatadas locuciones.

En las *frases hechas* ha encontrado nuestra lengua ancho campo á sus caprichos; en esa region es donde hace más descarado alarde de su independencian, y desde allí, con un desenfado inaudito, se burla de la Gramática, se mofa de la Academia y se rie de sí misma.

II

CREER Á PUÑO CERRADO

De diversas maneras podemos expresar la firmeza de una convicción profunda, incluyendo entre ellas hasta la fórmula del juramento; mas ni el juramento mismo tiene el vigor, la energía, la precisión de esta frase: *creer á puño cerrado*.

Ciertamente no existe relación ninguna entre la mano abierta ó cerrada y el convencimiento más ó ménos íntimo que hayamos podido adquirir acerca de cualquier cosa, porque si no, los mancos de los dos brazos se verían imposibilitados de creer en nada; y sin embargo, esa mano fantástica, ese *puño cer-*

rado, dá á la idea que de ese modo expresamos, una firmeza, una decision, y si puedo decirlo así, una elocuencia irresistible.

Creer á puño cerrado es estar fuera del alcance de toda incertidumbre y á cubierto de toda duda.

Y bien, ¿qué tiene que ver la pintoresca imágen de que nos valemós, con la idea que expresamos?

El puño cerrado podrá expresar el enojo, la ira, la desesperacion, la amenaza y áun la avaricia; pero por más vueltas que le demos, nos será imposible encontrar en ella indicio alguno de que pueda ser señal de convencimiento.

Con ámbos *puños*, enérgicamente *cerrados*, podemos muy bien dudar de todo; y digo más: digo que es la expresion más propia de la duda, porque la duda es la desesperacion del entendimiento.

Creer á puño cerrado es una frase arbitraria y hasta absurda, ante la que la Gramática dobla la hoja y la Academia dobla la cabeza. Carece de toda razon filosófica y gramatical que la autorice, y no obstante, ni la Academia ni la Gramática han producido nunca frase alguna que obtenga una popularidad tan unánime.

No se contenta sólo con poner éste ó el otro convencimiento, como si dijéramos en la palma de la mano, parte del cuerpo que maldito lo que ha tenido que ver nunca ni con lo que se cree ni con lo que se duda, sino que, además, dice muy frescamente *puño cerrado*, como si álguien hubiese visto alguna vez un *puño abierto*.

III

CREER Á PIÉ JUNTILLAS

Mas la lengua no se satisface por lo visto con ese triunfo; no le basta que creamos á puño cerrado, quiere más, mucho más, y como no se para en pelillos y no le dá importancia á las severidades de la crítica, se descuelga con la pretension inaudita de que hemos de creer *á pié juntillas*. Y esta frase brutal, sin sentido propio ni ageno, verdaderamente estrambótica, sale, no se sabe de dónde, y saltando de boca en boca, se impone á la Academia, se impone á la Gramática, y nos obliga á todos á reconocer en ella el poder de una legitimidad indiscutible.

No hay, pues, más remedio que creerla *á pié juntillas*.

Todo lo que hemos ganado en publicidad lo hemos perdido en pudor; así es, que hemos adquirido la impermeabilidad necesaria para que nada nos escandalice, ni nos avergüence, ni nos indigne. Por lo tanto, nadie se toma el trabajo de ocultar ni sus vicios, ni sus malas acciones, ni sus perversos pensamientos. Á fuerza de saber miserias humanas nos hemos acostumbrado de tal modo á la degradacion, que nos infesta, que yá nos parece la cosa más natural del mundo. Encallecidos de esta manera el sentido comun y el sentido moral, no hay para qué cubrir con falsas apariencias nuestras culpables debilidades. Ni en nuestras costumbres privadas tenemos necesidad de guardar secreto alguno.

Esto es cierto: mas ¿qué tiene que ver esa reflexion hipocondriaca con las *frases hechas*, que es el tema ó la manía del presente artículo?...

Realmente nada; y sin embargo, una vez escrita, podemos aprovecharla para traer á la memoria otra locucion no ménos curiosa.

IV

Á OJOS VISTAS

Podemos decir, sin provocar las censuras de los gramáticos ni excitar el enojo de los académicos, que yá en este mundo de la publicidad no necesitan las perversidades la careta de la honradez: todo se puede hacer *á ojos vistas*.

Por medio de esta concordancia vizcaina, sin piés ni cabeza, es decir, por medio de esa locucion verdaderamente libre y fuera del alcance de toda regla, podemos dar á entender el desconcierto del estado moral en que vivimos.

Aplicada á este caso general de pública desvergüenza, preciso es convenir en que no le falta cierta filosofía; pues sea como quiera,

el libertinaje de nuestras costumbres encuentra una expresion adecuada en el desconcierto de esas palabras.

Á ojos vistas... ¿De dónde ha salido esa frase?... Hé ahí una pregunta inútil, porque nadie sabe contestarla. Los más incansables investigadores arquearán las cejas, elevarán el labio superior y se encogerán de hombros, porque la erudicion más acabada no tendrá otra cosa que contestarnos.

Es claro que alguna boca humana la pronunciaría por primera vez, y es de presumir que esa boca anónima no sería excesivamente culta.

De seguro el autor de la frase no debió ser ni gramático, ni académico, ni erudito, ni literato; positivamente si nos fuese dable averiguar su nombre no encontraríamos en él un nombre ilustre, ni en las letras, ni en las ciencias, ni en las artes.

Es indudable que tan disparatada locucion salió de los labios de la ignorancia misma: el que la dijo no supo lo que se decia, aunque supiera lo que queria decir.

Y bien.... ¿qué mérito singular se encierra en ella para que desde el primer momento fuese aceptada, y repetida de boca en boca, adquiriendo al fin la sancion de una legi-

timidad incontestable? Porque nosotros mismos, los académicos, los literatos, los eruditos en esta materia, los que estamos obligados á tener la Gramática en la uña y á saber el Diccionario como el Ave María, no nos desdenamos de usarla siempre que el caso se presenta, y àun nos valemos de ella con preferencia á otras más racionales ó ménos desatinadas.

Se dirá, el uso...., el uso.... Pero bien, ¿qué es el uso?... Es contestar con la misma pregunta, porque en último resultado el uso no es más que el hecho.

Sería ciertamente un fenómeno digno de estudio si ofreciera algun resquicio por donde pudiera penetrar la razon humana, pero es el caso que se niega á toda indagacion. Cuantas más vueltas se le dá más impenetrable se nos presenta.

De la noche á la mañana nos encontramos con la aparicion de una frase sin historia, sin filosofía, sin gramática y sin sentido, introducida en el lenguaje por una influencia ignorada, á la cual, quieras que no quieras, todos acabamos por someternos.

¿Qué es esto?... ¡Bah!... una extravagancia.... una excentricidad.... Realmente eso es

todo lo que podemos decir, mas convengamos en que es bien poco.

Entre el gran número de frases hechas que han ido naciendo al calor de nuestra lengua, hay algunas que merecen notarse, y las anotaremos; pero eso hay que hacerlo en capítulo aparte.

V

ESTAR DE MONOS

No es todo en el amor miel sobre hojuelas. Desde que Eva se dejó seducir de la serpiente y el bobalicon de Adan probó el dulce fruto de nuestra perdicion, todo va manga por hombro, porque el demonio, que es más listo que Cardona, no se puede estar mano sobre mano, y desde entónces acá, siempre está dale que dale y erre que erre haciendo de las suyas.

En ese cielo encantado en que suele pasar el hombre la primavera de su vida, hay tambien terribles tempestades, y sea por fas ó por nefas, á cada triquitraque se arma la de San Quintin, y hay cada trastienda que canta el Credo.

Por un quítame allá esas pajas, los amantes más tiernos se tiran los trastos á la cabeza, y tira de aquí y tira de allí se dicen las verdades del barquero, se ponen como chupa de dómine, y entónces son las madres mias.

¡Ya se vé! Las palabras se enredan como las cerezas; nunca falta un corre vé y dile que se meta en camisa de once varas, y como cada uno tiene su alma en su almario, se echan á rodar los bolos, y allí fué Troya.

Este es el pan de cada dia en el teje maneje de los que bien se quieren, y hoy por tí y mañana por mí, andan á la greña sin tón ni són, á dos ménos tres; y unas veces por Juan y otras por Pedro, se pasan la vida enseñándose los dientes, y ¡válgame Dios!... la vida es un soplo.

Para estos casos del mio sobre el tuyo en que los enamorados se suben á la parra y sueltan la maldita, porque no siempre la procesion va por dentro, tiene tambien la lengua su FRASE HECHA tan de molde, que ni pintada.

Y no hay que levantar el gallo contra la frase que tengo en la punta de la lengua, diciendo si fueron verdes ó fueron maduras, porque la lengua no habla nunca á humo de paja; sabe muy bien donde le aprieta el zapato, y cuando ella dice esta boca es mia, no

hay más que bajar la cabeza y tragar saliva.

Hay, pues, que aceptarla sin dimes ni diretes, lisa y llanamente, dejando á los gramáticos y á los académicos que hagan de su capa un sayo.

No desconocemos que esos pozos de ciencia saben poner los puntos sobre las íes, y quieren que se hable con su cuenta y razon, y no á roso y velloso, así.... de bóbilis bóbilis, como quien dice á ojo de buen cubero; y aunque es verdad que ellos están siempre sobre el peon, es tambien cierto que ni atan ni trasquilan, y por más que se den de calabazadas, la lengua sigue en sus trece y hace y deshace sin que sea posible irle á la mano, porque está empeñada en que ella sabe muy bien lo que se pesca.

Y vaya usted á hacerla caer de su asno, cuando cree que pone una pica en Flandes. Como quien no quiere la cosa, nos daría con la puerta en las narices y tendríamos que salir con las manos en la cabeza.

Sin duda alguna la frase que tengo *in pectore* es una salida de pié de banco, sin fuste ni muste, contra la que pudieran presentarse muchas razones que no tienen vuelta de hoja; mas la lengua no necesita abrir ni cerrar

ningun libro para salir por los cerros de Úbeda, y cuando pone piés en pared no se convence aunque le prediquen frailes descalzos.

Ello es que siempre que nos dàn en rostro las caras de pocos amigos, de dos que se hacen muecas, porque anda entre ellos la de Dios es Cristo, á todos se nos viene á la boca la misma frase, todos nos comemos la partida, y, dándonos de ojo, decimos:

—Hum.... *están de monos.*

La frase no es ciertamente un arco de iglesia, y la lengua, al traerla á colacion, no habrá tenido que quemarse mucho las cejas; pero yo desafío al más pintado á que saque fuerzas de flaqueza, pues aunque haga el diablo á cuatro no dará en el quid de otra frase que pueda mirar á esa por encima del hombro, y al fin y al cabo saldrá de su empeño como perro con maza.

No creo que ningun alma de cántaro se meta en semejante berengenal, porque eso de hacer de la lengua mangas y capirotos, sólo le es permitido á la lengua misma, pues ella sola sabe dar siempre en el clavo, como si estudiara con el demonio.

Y hé ahí un punto acerca del cual no dá fácilmente su brazo á torcer; lo hila muy delgado y los dedos se le antojan huéspedes.

Verdaderamente ella no necesita ayuda de vecino, aunque siempre debe estar con las manos en la masa, pues las *frases hechas* parece que le caen por la chimenea.

En esta tarea no hay ciertamente quien le tosa. Eso sí, ella echa por esos trigos de Dios, y sin pararse en tiquis miquis, suelta la taravilla, y sacándolas del costal, se ríe en nuestras barbas, dándonos en rostro con locuciones y palabras tan á remacha martillo, que nos dejan haciéndonos cruces, sin que nos valga la bula de Meco.

Preciso es que cantemos de plano, y aunque sea darle un cuarto al pregonero, hay que tirar de la manta y confesar que en esto de las *frases hechas* ella sola es la que tiene la sarten del mango.... y ¡bah! en buenas manos está el pandero.

Ante el desparpajo con que escupe por el colmillo frases que vienen á tiro hecho como pedrada en ojo de boticario, y que entran y salen por los dominios del lenguaje como Pedro por su casa, sin que sea posible atarlas corto, ni mucho ménos meterlas en cintura, ni siquiera hacerlas entrar por el aro, los hablistas de más campanillas son niños de teta, y las Academias que rayan más alto se quedan en mantillas.

Cuando la lengua se echa el alma á la espalda y dice «aquí que no peco,» nos quedamos pegados á la pared, sin que nos quede más recurso que hacernos los suecos y dejar que ruede la bola.

Las Academias se devanan los sesos para que cada palo aguante su vela y todo salga á pedir de boca. Justo es concederles el honor de querer llevar su gato al agua; mas aunque andan con piés de plomo, nunca consiguen tener á raya las salidas de tono con que la lengua echa su cuarto á espadas, y salga el sol por Antequera, porque ese es el pié de que cojea.

Y dejémonos de cuentos; ella hablará en estos casos á tontas y á locas, y dirá disparates de á fólio; pero no hay que darle vueltas, porque siempre pone el dedo en la llaga.

Esos *monos*, traídos ahí por arte de birli-birloque, se caen de su peso y vienen como de perlas, y aunque parece que miran al plato miran á las tajadas, y son capaces de hacer desternillar de risa al moro Muza.

Estar de monos es lo mismo que estar en berlina, y eche usted por arriba ó eche usted por abajo, lo mismo dá ocho que ochenta, pues por todas partes se va á Roma.

• Y no hagamos aspavientos dando á entender que se nos quiere comulgar con ruedas de molino, que la lengua no se mama el dedo, y si dice cartuchera en el cañon, firma el rey.

Á nosotros sólo nos toca cargar con el mochuelo y hablar por boca de ganso.

Bueno que las doctas Academias y los escritores de pelo en pecho tomen todas esas frases de rompe y rasga á beneficio de inventario, pues no es cosa de que se den con un canto en los pechos y pasen por las horcas caudinas, ni más ni ménos que si fuesen sacristanes de amén ó curas de misa y olla. Perfectamente; pero entretanto, las frases hacen su agosto y no se nos caen de la boca, y la Gramática anda como tres en un zapato, y al Diccionario no le llega la camisa al cuerpo.

Esto es lo que al pié de la letra sabemos de buena tinta acerca del maremagnum de las *frases hechas*, que, por matar el tiempo y echar una cana al aire, hemos puesto en tela de juicio.

Claro es que no hemos inventado la pólvora, y que otro que tenga el asunto más al dedillo se irá al grano más derechamente, dejándonos en baba.

Si es así, su alma en su palma, y punto redondo.

VI

PELAR LA PAVA

El genio del gran dramático inglés inmortalizó los nombres de Julieta y Romeo, perpetuando entre los hombres la lamentable historia de aquellos desventurados amores; del mismo, el talento de Bernardino Saint-Pierre nos descubrió despues los nombres de Pablo y Virginia, confiándonos el inolvidable relato de otros amores no ménos desgraciados.

Es imposible no sentir el poderoso encanto con que Shakspeare nos pinta los apasionados diálogos de Julieta y Romeo, ni sustraerse al atractivo con que Saint-Pierre nos dibuja los tiernos y apacibles coloquios de Pablo y Virginia. La crítica entusiasmada nos ha hecho

ver las sublimes bellezas de estos dos cuadros, y el sentimiento de esas mismas bellezas, ántes que la crítica, nos revela á todos el maravilloso poder de ámbas creaciones, porque la crítica ha ido en todos los tiempos del mundo detrás del arte, ni más ni ménos que vá la sombra detrás del cuerpo que la produce.

En realidad, el arte es el genio, y la crítica viene á ser en sustancia la medida de las grandes obras despues de hechas.

Mas el génio de la lengua, que todo lo celebra y de todo se burla dándose la importancia de quien vá á decidir el caso con un golpe maestro, ha intentado mofarse de Shakspeare, de Saint-Pierre, de Julieta y de Romeo, de Pablo y Virginia, de la crítica y de todos los que sentimos y admiramos la sublime belleza de esas obras maestras, lanzando á las corrientes impetuosas de la palabra una frase burlesca, desdeñosa, que cae como jarro de agua fria en el fuego de nuestro entusiasmo.

Hé aquí el caso: esos diálogos íntimos con que mano á mano se comunican entre sí sus inquietudes y sus esperanzas, sus promesas y sus juramentos en conversaciones interminables dos corazones enamorados, nos son conocidos en el lenguaje corriente con la de-

signacion risible de *pelar la pava*. ¡Ah pícara lengua!

Toda la poesía del amor, toda la sublimidad del coloquio, todo el interés de los más vivos afectos, todo el efecto dramático de la escena se desvanece ante esa frase vulgar, prosáica, burlona. No hay ternura que se resista á la accion corrosiva con que esa frase intempestiva disuelve el encanto del cuadro.

Enmedio de las lágrimas que el calor de la situacion haya hecho asomar á nuestros ojos, la sonrisa aparecerá en nuestros lábios si la memoria nos pone esa frase grotesca en la punta de la lengua.

¡*Pelar la pava!* Cuantas más vueltas le doy ménos lo entiendo. Mi perspicacia no encuentra qué especie de conexion puede haber entre desplumar el ave *finchada* y oronda, que la Navidad hace célebre y las trufas inolvidable, y tejer manos á boca esa red de palabras en que tan fácilmente se enredan dos corazones enamorados.

¿Qué tiene que ver *pelar una pava* con el mútuo comercio de promesas, de quejas, de suspiros, de temores, de proyectos y de esperanzas, tarea en la que los amantes se olvidan hasta de sí mismos para no hablar más que de sí propios? Dulce y tierna comunicacion de

dos almas que se entretienen en forjar para ellas solas nada ménos que la felicidad eterna en medio de las desdichas del mundo.

Sea como quiera la frase que se nos ha venido á la mano, debe tener su origen. Esto es forzoso; y si la lengua misma, tan hábil en unir los conceptos á las palabras, no acierta á compaginar el sentido de la frase con la idea que representa, la historia ménos escrupulosa resolverá la dificultad bien fácilmente.

Tengo por cosa segura que esta frase debió nacer en algun pueblo de Andalucía, lo cual no quita que otro la haga oriunda de Cataluña ó de Castilla. La fecha se averigua sin necesidad de revolver muchos archivos, pues desde luégo se comprende que debió ser por Navidad ó á lo ménos en el día de alguna festividad doméstica. De aquí se deduce su carácter familiar y espontáneo, pues debió surgir modestamente en las intimidades del hogar, esto es, en el rincón de alguna cocina.

¿Cómo? Casi por sí misma, por la fuerza particular de una coincidencia.

Aquí hay necesariamente una *Julieta* de humilde condicion, algo alegre de cascos, y por lo mismo tentada de la risa, con su alma en su almarío, bastante resuelta á no meterse en un convento y que podría llamarse Marta.

que es al fin un nombre propio como otro cualquiera.

Á esta Marta le hace guiños un *Romeo*, que, como el de Shakspeare, anda á salto de mata, porque los amores de los simples mortales suelen tener en el mundo tantos inconvenientes como los de los héroes. La casa tiene ventanas y, sobre todo, un corral, que para estos lances dice «comedme,» y vaya usted á ponerle puertas al campo.

Este es el lugar preferido para las citas donde los dos amantes se ven y se hablan sin que nadie les tosa; allí se prometen el oro y el moro, y en dimes y diretes se les vá el santo al cielo, que ninguno de los dos se muerde la lengua. Comó á la ocasion la pintan calva, *Romeo* anda siempre haciendo esquinas y bebiendo los vientos, y apénas suena la voz de Marta en el corral, y yá sabe ella donde le aprieta el zapato, *Romeo*, más listo que Cardona, se encarama de un salto en lo alto de la tapia, que á él no le duelen prendas y Cristo con todas. Bonito es el mozo para pararse en pelillos; lo mismo le dá ocho que ochenta, y siempre se vá al grano. ¿Qué le importa á él que lo pillen con las manos en la masa?

Así andaban las cosas cuándo el ama de

la casa, que era mujer de muchos humos, se le puso en el moño celebrar un banquete que ardiera en un candil, y aquí te quiero escopeta: toda la familia se volvió manos porque la comilona había de ser el *non plus ultra* de los *gaudeamus*.

Marta tenía ángel para desplumar aves, y á ella le tocó sacrificar la víctima por ser tarea para la que se pintaba sola. Paso entre paso y quieras que no quieras se fué hácia el corral riyéndosele los huesos, porque la procesion iba por dentro; y allí, en ménos que canta un gallo, cojió una pava á ojo de buen cubero, y en un santiamen le retorció el cuello sin que pudiera decir «Jesús me valga.»

Dicho y hecho; la cabeza de Romeo apareció sobre la barda del corral como si lo hubiesen llamado con campanilla, y cate usted á Periquillo echo fraile: las palabras se enredan como las cerezas, y charlando charlando se les van las horas muertas.

Al ama de la casa no se le cocia el pan, pues era mujer de pelo en pecho y todo lo quería en un abrir y cerrar de ojos....

—¿Qué hace Marta?—preguntó con impaciencia.—¿Dónde está Marta?

Los amores dé Marta no eran un secreto de Estado, y toda la gente de la casa estaba



al cabo de la calle, así es que la contestaron diciendo:

—Marta.... pues.

—¿Qué quiere decir *pues*?—volvió á preguntar el ama.

Se miraron unos á otros guiñándose los ojos, y el más socarron dijo con mucha sorna:

—Marta.... eso es.... pues.... está.... pelando la pava.

El ama se hizo cruces, y la frase quedó hecha.



al cabo de la calle, así es que la contestaron
diciendo:

—Marta... pues.

—Que quiere decir pues?—volvió a pre-
guntar el ama.

Se miraron unos á otros guiñándose los
ojos, y el más socarrón dijo con mucha
sorna:

—Marta... eso es... pues... está... pe-
lando la paya.

El ama se hizo cruces, y la frase quedó
hecha.

DORRIN J. BARRA, S. J.

Hay sueños dentro de los sueños, y en
las pocas dichas que en el mundo existen se
cargan hasta los más insignificantes, por lo
que sean las que fueren, las mismas cosas
que suceden de espaldas á la vida, la nuestra
vida, que es que nunca se sabe lo que se
sigue del sueño, durante el que se imagina
ción suele pintarse con colores de la
palatabilidad, y los más imposibles
desarrollan en esos momentos, por lo que
pre como el poder, las dichas humanas, el
hombre humano es el ser más feliz de la
tierra.

VII.

DORMIR Á PIERNA SUELTA

Hay sueños deliciosos, y ésta es una de las pocas dichas que en el mundo pueden alcanzar hasta los más desgraciados, porque, en fin, sean las que quieran las tristes realidades que siembren de espigas la senda de nuestra vida, ello es que nuestras angustias tienen el refugio del sueño, durante el que la imaginación suele pintarnos con risueños colores la halagüeña realidad de los más imposibles deseos, y en esos momentos, fugitivos siempre como el de todas las dichas humanas, el hombre dormido es el ser más feliz de la tierra.

Mas esta gota de miel, puesta en los labios de nuestras esperanzas, tiene muy pronto un sabor bien amargo. Es preciso despertar, y entónces toda la perspectiva se desvanece; la decoracion cambia súbitamente, y caemos de golpe desde las alturas de nuestras soñadas felicidades en la dura realidad de nuestras desdichas.

Así la desgracia se burla de nosotros hasta en el momento mismo en que somos felices.

Hay tambien sueños pavorosos de los que no están libres ni aquellos á quienes más descaradamente sonríe la loca fortuna. Estos seres se ven obligados con la misma frecuencia que el resto de los mortales á cerrar los ojos á las felicidades que los rodean, y el sueño, semejante á una sombra que todo lo oscurece, se interpone ni más ni ménos que si quisiera alejarlos de ellas.

Y vaya usted á contener las inquietudes, los celos, los sobresaltos que entónces suelen acometernos. La razon, maniatada por las ligaduras misteriosas del sueño, no acierta á defendernos, y las más estrañas quimeras y los más absurdos temores se apoderan de nuestro espíritu llenándolo de angustia.

¿Hay algun remordimiento oculto en el fondo del alma ahogado en ella por la alga-

zara de la vida?... Pues ese es el momento en que se levanta terrible é implacable. ¿Es el amor que cubre de flores la tierra que pisamos? Entónces, ¡cuántas infidelidades se sueñan!... ¿Son las riquezas? ¡Oh, qué fácilmente las vemos perdidas!... ¿Es la gloria?... ¡Bah!... ¡Que desengaño!...

La felicidad, lo mismo que la desgracia, se vale del sueño como de un cómplice para burlarse de nosotros.

Dormir es algo más que reclinar la cabeza y cerrar los ojos.

Pero hay un sueño apacible, franco, profundo, por medio del que el hombre se sustrae completamente á los afanes de la vida que lo rodea, en el cual cae nuestro espíritu ni más ni ménos que cae una piedra en un pozo.

Y este sueño, preferible sin duda alguna á todos, permanecería ignorado y confundido con el vulgo de los sueños, si la lengua, por medio de una frase original, no lo hubiese designado.

Dormir á pierna suelta ha dicho la voz pública, y todos hemos convenido en que esta es la mejor manera de dormir, ya sea sobre un lecho de plumas ó ya sea sobre la ingrata aspereza de las piedras.

Y obsérvese qué abandono, qué plenitud de descanso, qué holgura hay en esa *pierna suelta* de que el capricho de la lengua se vale para representarnos el más hondo, el más tranquilo de los sueños.

Á nadie le hubiera ocurrido nunca expresar la idea del reposo, sirviéndose para ello de la imágen de una *pierna*, y ménos aún de una *pierna suelta*, combinacion de palabras que lleva en sí misma la idea del movimiento.

Hé aquí una *pierna* traída por los cabellos.

Por qué especie de razonamiento ha venido á construirse esa frase, no es fácil explicarlo.

VIII.

CANTAR LA PALINODIA

Mas no se trata de dormir, se trata de confesar un error, de reconocer una falta, y la alegría que este acto, poco comun por cierto, nos causa, lo expresamos diciendo: «*eso es cantar la palinodia.*»

La elocuencia de esta frase no consiste tanto en el desenfado musical de que hace alarde, como en la grotesca originalidad de la palabra *palinodia*; y considerada en su sentido burlesco, no será temerario atribuirle una influencia funesta.

Siempre han sido actos nobles reconocer los errores y confesar las faltas; mas siempre

el espíritu vulgar del género humano ha visto en ellos algo humillante, porque nunca ha sabido distinguir la diferencia que existe entre la humillacion que rebaja y la humildad que enaltece. Faltaba en nuestra lengua una fórmula comun que diese vida á ese modo comun tambien de ver las cosas, y de repente salió de los arcanos del lenguaje la frase de *cantar la palinodia*, en la que señalamos con el dedo al que tiene la lealtad de decir francamente: «Señores, estaba equivocado.»

No necesitaba nuestra soberbia tan ingenioso esfuerzo para resistirse á confesar sus errores, mas inventada la frase, ha de costarle más al orgullo humano reconocer que no es en su inteligencia oro todo lo que reluce, y que por grande que sea nuestro amor propio, al fin y al cabo no hay más cera que la que arde.

El hombre ménos presuntuoso, instigado por las sugerencias de su propio convencimiento, se dirá á sí mismo:

Sí, señor.... el error en que yo estaba es evidente.... Mi proyecto no tiene piés ni cabeza, esto es claro.... No cabe duda de que mi idea es una cosa disparatada, lo que yo sostengo es un solemne desatino. Perfectamente, pero es el caso que yo *no canto la palinodia*.

Esta frase burlona le hace cosquillas en todas las coyunturas de su amor propio, y cierra los ojos y sigue adelante.

Los errores tienen tres clases de partidarios: unos los siguen por pura ignorancia, otros los profesan por puro negocio, y otros persisten en ello y los sostienen por no pasar por la vergüenza de *cantar la palinodia*.

Si el amor propio fuera alguna vez ingenuo, entónces sabriamos la influencia que esa frase ejerce en nuestro ánimo; pero cada cual, metiendo la mano en su pecho, puede sacar la cuenta por sí mismo.

Esta frase budista le hace resplandecer en todas las coyunturas de su amor propio, y cuenta los ojos y sigue adelante. Los errores tienen tres clases de partidas: unos los siguen por pura ignorancia; otros los protestan por puro negocio, y otros persisten en ellos, y los sostienen por no pasar por la vergüenza de cantar la palinodia.

Si el amor propio luera alguna vez ingenuo, entonces sabríamos la influencia que esa frase ejerce en nuestro ánimo; pero cada día que el amor propio se levanta para hacer la cuenta por sí mismo, se levanta para decirnos que el amor propio es un animal más impetuoso de nuestra prodigalidad. Un buda en buda, un buda universal buda para que abriendo los tesoros grandes ó pequeños de nuestra opulencia, digamos al mundo: «Ha sepáse quién es Calleja».

En verdad, no nos contentamos con las pocas ocasiones de regocijo que la vida nos ofrece, y aprovechamos con bastante frecuencia los más instantes acontecimientos para hacer la cuenta por sí misma, porque hay entretantos tan malos como una buda y tan esplendidos como un buda.

No es la terrible necesidad de morir una

IX.

ECHAR LA CASA POR LA VENTANA

Así designamos los arranques más impetuosos de nuestra prodigalidad. Una boda, un bautizo, un fausto aniversario bastan para que, abriendo los tesoros grandes ó pequeños de nuestra opulencia, digamos al mundo: «Eh, sépase quién es Calleja.»

En verdad, no nos contentamos con las pocas ocasiones de regocijo que la vida nos ofrece, y aprovechamos con bastante frecuencia los más infaustos acontecimientos para *echar la casa por la ventana*, porque hay entierros tan lujosos como una boda y tan espléndidos como un bautizo.

No es la terrible necesidad de morir una

circunstancia que debe orgullecernos, porque ella nos advierte lo frágil y lo miserable de nuestro sér; pero sea como quiera, el mundo en que vivimos nos obliga á enterrar los muertos con todo el fausto posible.

Por lo que hace á los desastres públicos, son de continuo motivos de fiestas espléndidas, donde lujosos concursos acuden á llorar con fastuosas lágrimas las desventuras de la catástrofe.

Para estos casos las sociedades filantrópicas se pintan solas. Por de pronto la noticia del desastre nos aterra; pero poco despues los carteles de los teatros y los anuncios de los periódicos vienen á decirnos que la filantropía ha tomado la cosa por su cuenta, y acto continuo dispone bailes suntuosos, conciertos espléndidos en los que se *echa la casa por la ventana*.

Ignoro la antigüedad de la frase; pero atendiendo á la grande aplicacion que tiene en nuestros tiempos, me inclino á sospechar que ha de ser invencion moderna.

Ello es ciertamente un despilfarro impropio en verdad de esta época positiva; mas téngase en cuenta que es un despilfarro científicamente económico. La gran ciencia de los intereses materiales, la teología, digámoslo así, de los

maravedises, reconoce en el lujo uno de los fundamentos de nuestras prosperidades, y el lujo, ya se tome como elemento científico, ya se considere como pasión pública, no es en resúmen, más que la tarea asidua y continúa en que todos estamos empeñados de *tirar la casa por la ventana*.

Suprimamos este aspecto espléndido con que brilla el fausto de nuestras costumbres, y adios prosperidad deslumbradora, pues de la noche á la mañana nos veremos reducidos a las estrecheces de la miseria.

La cuestion, si es que hay cuestion alguna acerca de este punto, es muy sencilla: ateniéndonos á lo que realmente poseemos, preciso es decirlo, nos veríamos obligados á vivir muy pobremente, y la ciencia económica moderna, que ha hecho una verdadera revolucion en la moral, en las costumbres y en la riqueza, ha encontrado el medio de vencer esa dificultad, y ha dicho:

—Bah!... ataréis los perros con longanizas.

—¿Cómo?... hemos preguntado nosotros.

—¿Cómo!... ha repetido con desdeñosa suficiencia.—Está claro: *tirando la casa por la ventana*. Ó lo que es lo mismo; contra la pobreza, el fausto; contra la miseria, el lujo.

No todos tenemos casas que tirar por las

ventanas, mas sea como quiera, mañana podrémos tenerlas, y en tal caso no hay inconveniente en que tiremos hoy por una ventana, que no tenemos todavía la casa que tendremos mañana.

Muy bien: esta operacion, por medio de la que nos anticipamos fabulosas prosperidades. tiene en la ciencia su nombre técnico: se llama crédito, y el crédito es la desamortizacion de lo futuro.

Como vemos, la frase encierra un sentido trascendental.

Es un capricho de la lengua valerse de la estrechez de una ventana para tirar todo el volúmen de la casa en que la misma ventana está contenida.

Tomada la frase al pié de la letra encierra un desatino; más aún, un imposible, y no obstante su sentido hiperbólico obtiene en nuestros dias una realidad pasmosa y un éxito fabuloso.

SIN CONTAR CON LA HUÉSPEDA

Vamos á otra frase que depues de *tirar la casa por la ventana* se viene naturalmente á la memoria como si fuera su complemento; la frase es esta: *sin contar con la huéspededa*.

Aquí tiene el lector un personaje anónimo que se escapa á todas nuestras averiguaciones y en cuya mano invisible está el secreto éxito de nuestros planes, de nuestros proyectos, de nuestros cálculos y de nuestras empresas. *Sin contar con la huéspededa* son inútiles las más exquisitas previsiones, faltan las más razonables probabilidades, porque la *huéspededa*, desde el rincon impenetrable en que se oculta, desbarata los planes más hábilmente

combinados si no tenemos la prevision de contar con ella.

Cuando parece que todo nos sale á pedir de boca, cuando parece que hemos previsto todas las contingencias, cuando yá no hay realmente más que llegar y besarla durmiendo, *la huéspedada* se sonríe con una boca que nadie ha visto, y tirando del cabo suelto que tiene siempre en su mano, cambia de pronto la decoracion tan hábilmente combinada, y adios plan, adios proyecto, adios empresa.... adios éxito.... nuestro gozo en un pozo.

¡Que trasformacion tan lamentable!...

Ayer todo lo veíamos de color de rosa, nos sonreian á la vez el cielo y la tierra, el éxito de nuestro plan era completo.... Hoy todo ha fracasado, las esperanzas se han desvanecido y la realidad misma se oscurece como avergonzada de sí propia.

¿Qué es esto?

Esto es pura y simplemente que *no hemos contado con la huéspedada*.

Y bien. ¿Qué personaje misterioso es este que así se burla de nuestra audacia, de nuestra ambicion, de nuestra inteligencia y hasta de nuestra astucia?... ¿De dónde ha sacado la lengua ese sér anónimo, invisible é impalpable que se ha apropiado la facultad de echar por

tierra los cálculos más astutamente combinados, los planes más maravillosamente urdidos por la prevision humana?...

Nadie lo sabe, y, sin embargo, ese sér, rodeado de tantas circunstancias fantásticas, existe; es un sér real, auténtico, que encontramos, ya de un modo, ya de otro, en todos los fracasos que experimentan los cálculos de nuestro orgullo, que no son pocos.

para los cálculos más exactamente combinados, los planes más maravillosamente urdidos por la previsión humana.

Nadie lo sabe, y sin embargo, ese ser rodeado de tantas circunstancias tanísticas, existe, es un ser real, auténtico, que encoprimos, ya de un modo, ya de otro, en todos los fracasos que experimentan los cálculos de nuestro orgullo, que no son pocos.

EL VUECO DE LAS INSTITUCIONES

También en el lenguaje de la política cabe este por los cursos de Ubeda la autoridad responsable del uso, dando carta de naturalidad a frases, en las que se encuentran algunas que no deben de tener cierta originalidad alguna de por sí. Desde luego, las primeras que se nos vienen a la boca describen que están tachadas en el mundo moderno, y se advierte en ellas una seriedad que llevan consigo las palabras francas. Para pronunciarlas conviene ahogar la voz de manera que los oídos que nos escuchan perciban en ellas cierto aceno yonante que las haga soar como verdaderas campañas.

Mis investigaciones lingüísticas respecto a

XI.

EL JUEGO DE LAS INSTITUCIONES

También en el lenguaje de la política suele salir por los cerros de Úbeda la autoridad irresponsable del uso, dando carta de naturaleza á frases en las que se encuentran algunas que no dejan de tener cierta originalidad digna de notarse. Desde luégo, las primeras que se nos vienen á la boca descubren que están vaciadas en el cuño moderno, y se advierte en ellas esa seriedad que llevan consigo las palabras graves. Para pronunciarlas conviene ahuecar la voz de manera que los oídos que nos escuchen perciban en ellas cierto acento rotundo que las haga sonar como verdaderas campanadas.

Mis investigaciones filológicas respecto á

su origen no son del mayor alcance; pues en resumidas cuentas, sólo he podido averiguar que no han nacido en los dominios del vulgo, sino más bien en las altas regiones donde se engendra el rayo, y parece que nos han caído por la chimenea. No pertenecen al lenguaje del pueblo, y sólo circulan entre los hombres de la vida pública. Se las encuentra en los documentos oficiales de más aparato, en los discursos parlamentarios más teatrales y en los artículos de periódicos más campanudos.

Por más que el uso diario que de ellas se hace las extiende desde los gabinetes de los ministros hasta las mesas de los cafés, desde el santuario de las leyes hasta los centros de los clubs, el pueblo que llama al pan pan y al vino vino, no sabe apreciar el valor que en ellas se encierra y las oye como quien oye campanas y no sabe dónde, y si por un oído le entran por otro le salen. La primera frase que me salta á los ojos es la que usamos siempre que pretendemos designar con brevedad y exactitud el ejercicio de los poderes públicos: y entónces, llenándonos la boca, y arqueando las cejas y admirándonos de la felicidad de la expresión, exclamamos:

¡Oh!... *¡El juego de las instituciones!...*

Hay algo de diabólico en esta frase, por-

que sólo al demonio se le ocurre llamar *juego* á lo que constituye todo el fundamento del régimen político en que vivimos. Porque *juego* es una palabra cuyo sentido dominante indica pasatiempo, cosa de puro recreo ó de mera broma, cuando no expresamos con ella un vicio desastroso que el libertinaje de nuestras costumbres consiente, pero que las leyes se ven obligadas á prohibir, aunque muchas veces hagan la vista gorda.

¡Cuidado con ello! Llamar, así, de golpe y porrazo, *juego* al armonioso conjunto de sabias instituciones, que nos cuestan montes de oro y rios de sangre, en las que hemos fundado si no la felicidad presente, porque al fin y al cabo cada vez están más verdes, á lo ménos la felicidad futura que podremos encontrar mañana ó el otro á la vuelta de un dado.

Hablemos en confianza, yá que nos hallamos manos á boca. ¿Les parece á ustedes el tira y afloja de nuestras instituciones cosa de juego...?

Aquí hay una maliciosa mordacidad de la lengua que todo lo mete á barato y parece complacerse en sacar á la vergüenza la movable combinacion de hombres y de cosas que hace cuarenta años nos tienen con el alma en un hilo, como si el arte de gobernar á los

pueblos, hoy día de la fecha, fuese tirar de la oreja á Jorge ó llegar y besarla durmiendo.

Hagamos hincapié en este punto y no consintamos que esa burla del lenguaje, así, sin más ni más, corra la ceca y la meca señalándonos con el dedo, porque la historia, que es muy capaz de contarle los pelos al diablo, hará creer á las futuras generaciones que hemos pasado la vida tocando el violon, y serémos también entónces el platillo de todas las conversaciones.

No sé yo por qué ha de tener la lengua vela en este entierro y ha de venirse por su bella cara á dar un golpe de gracia, ni más ni ménos que si tuviera un tío en Indias ó fuera el gran Tamberlan de Persia. ¿Qué pito toca en este órgano de Móstoles para llevar la batuta y ponernos con una sola palabra la ceniza en la frente?...

El juego de las instituciones es una frase que arde en un candil y que debiera estar fuera de la legalidad comun, miéntras no obtenga mayoría en los comicios ó dé el grito y se ponga en zancos, y, echando las campanas al vuelo, nos tenga á todos entre la espada y la pared. Entónces podrá cantar en la mano y ponerse las botas, mas, entretanto, debe darse un punto en la boca.

XII.

HACER ATMÓSFERA

La segunda frase que se me entra de rondon en estos apuntes es una locucion que pica en historia. Por una parte parece que es la simple averiguacion de un secreto de la naturaleza cojido al vuelo, y por otra parte, á las primeras de cambio descubre la oreja de su sentido político. Debe considerarse como una de las más curiosas invenciones de nuestro tiempo, pues aunque el sentido no es de ayer mañana, puede asegurarse que la fórmula en que lo expresamos acaba de salir del horno: eso se conoce á tiro de ballesta.

Es un sistema por medio del que se convierte lo negro en blanco, poniendo de la noche à la mañana en candelerero lo que el dia

antes estaba á los piés de los caballos. Se aplica lo mismo á la celebridad de la revalenta arábiga que á la exaltacion del sér más insignificante que por el momento convenga poner en los cuernos de la luna.

Esto se llama *hacer atmósfera*.

Y es claro, esa atmósfera se hace favorable ó adversa, segun hay que destruir ó levantar, y en el primer caso se ponen las cosas en las nubes y en el segundo se ponen de vuelta y media.

El vulgo, que lo mismo sirve para un fregado que para un barrido, y que de todo se hace lenguas, es el gran receptáculo donde desembocan las corrientes atmosféricas, unas veces de las más serviles é interesadas adulaciones, otras veces de las más atroces calumnias.

Hacer atmósfera es pura y simplemente *confeccionar* falsos entusiasmos, crear ódios injustos, tejer y destejer reputaciones, fabricar celebridades de pacotilla; en una palabra, pintar como querer, haya lo que quiera de lo vivo á lo pintado.

El vulgo, que para estas cosas se pinta solo, rara vez deja de bailar al són que le tocan, y una vez alborotado el cotarro, habla como un descosido cuanto le ponen en el pico,

sin caer en la cuenta de que al fin él es el que suele pagar los vidrios rotos, porque del cuero salen las correas.

Entretanto, tres al saco y el saco en tierra, que no se ganó Zamora en una hora, sinó otro gallo nos cantara y no anduviéramos con el agua al cuello buscándole los tres piés al gato. Pero esto de *hacer atmósfera* es dar gato por liebre y como cada uno arrima el ascua á su sardina, siempre tenemos la misma funcion de toros y cañas.

¡Y qué hemos de hacer! Somos caballos de buena boca y no es cosa de andarse en repulgos de empanada por más que se nos caigan los palos del sombrero y no podamos sacar los piés de las aguaderas. Á nosotros ¿qué nos va ni que nos viene? Á lo que sube, cara de pascua; á lo que cae, la del humo. Por lo demás yá sabemos que el último mono se ahoga, y que lo que ayer era este mundo y el otro, hoy es la nada entre dos platos.

En fin, *hacer atmósfera* es, hablando en plata, mentir más que la *Gaceta*.

Otras dos frases que no son por cierto de las de tres al cuarto, con las que contamos para hacer las cuentas del gran capitan, no se nos deben quedar en el tintero, porque vienen á ser nuestro paño de lágrimas.

Veámoslas en el capítulo que sigue.

XIII.

ENJUGAR LA DEUDA

Y CASTIGAR EL PRESUPUESTO

Positivamente. La primera de estas frases ha salido de una de esas bocas que beben en buenas fuentes, pues por lo húmedo del concepto se descubre la profundidad del sentido y parece que va diciendo: «agua vá,» como si quisiera aguarnos la fiesta.

La deuda nos tiene con el credo en la boca; una liquidacion seria echarnos por puertas; pues bien, para evitar que llegue al estado de liquidacion, enjugarla. Por otra parte, ¿es acaso la deuda alguna cosa del otro juéves? ¡Sus títulos!... ¡Ah! Al decir sus títulos parece que echamos por la boca el oro y el moro. Y

bien, si hay que enjugar la deuda, claro está que los títulos de la deuda no son más que papeles mojados.

Lo que no vá en lágrimas vá en suspiros; al que no tiene, el rey le hace libre; por consiguiente, manga ancha y trampa adelante. ¿Se puede cortar por lo sano?... *Nequaquam*. Eso sería quedarse á la luna de Valencia, y para no llevar las cosas á punta de lanza, bueno está San Pedro en Roma.

¡Enjugar la deuda! es una frase de brocha gorda que no tiene más alcance que el de la carabina de Ambrosio, y que, como la espada de Bernardo, ni pincha ni corta. Hay que oirla como quien oye llover, y siga la danza.

Mas todo esto son tortas y pan pintado, pues se me entra por las puertas otra frase de las que entran pocas en libra, con una cara de justo juez que sólo de verla se ponen los pelos de punta.

Viene de mano armada dispuesta á hacerle cara al que por lo visto la tiene siempre hecha. Ya se ve, habia aquí una mano oculta que todo lo llevaba á sangre y fuego, sacándonos á todos de nuestras casillas, de tal modo, que esto eran las guerras civiles. Pero cátese usted que al autor de toda esa liorna se le fué el santo al cielo, y entregó la carta y se

descubrió el pastel; y aunque gritaba «oro son triunfos» haciéndose la mosquita muerta, no hubo tu tia y se le sacó à relucir toda su vida y milagros.

Entónces salió á luz la frase tremenda, y se dijo: *castigar el presupuesto*.

Hé ahí el gran criminal del siglo, cojido entre puertas, sin que le haya sido posible poner piés en polvorosa, pues aunque se vá entre los dedos, porque aquí no somos mancos, si sale de Scila cae en Caribdis, que contra él todos nos hemos puesto de uñas.

Es verdad que el castigo hay que ponerlo cada vez más en cuarentena, pues conviene pasarle la mano y tentarse la ropa, porque el día que diga: «aquí falta uno» y se vaya con la música á otra parte, todos nos quedamos tocando tabletas. Y vamos á ver: ¿quién le pone el cascabel al gato?...

De todas maneras, una vez descubierto el culpable, nosotros bien podemos lavarnos las manos, que la história, que no teme que se le llueva la casa, y que todo lo mide por el mismo rasero, no se andará en chiquitas y dirá verdades como puños, poniendo al presupuesto de oro y azul. ¡Ah! cuando ella le ponga el paño al púlpito, y le remueva los huesos y todo salga á la colada, entónces se

sabrá *c* por *b* y de *pe* á *pa* como ese desalmado nos tiene con el pié en el pescuezo.

Por ahora nadie se atreve á cortarle el vuelo, y algo tendrá el agua cuando la bendicen; pero no se nos pasea tanto el alma por el cuerpo, que si él cada vez toma más alas, nosotros sabemos buscarle las cosquillas de tal modo, que por más que aprieta el tornillo de las contribuciones nunca tiene bastante para taparnos la boca.

Si las hace, bien las paga, pues cada vez que se vuelve la tortilla tiene que sudar el quilo, porque todo se convierte en merienda de negros, que entre bobos anda el juego y vamos á caza de gangas.

¡Castigar el presupuesto! ¡Oh cuán profundo es el sentido de esta frase! Es castigar los gastos, las disipaciones, las sensualidades que forman el conjunto de delicias en que vivimos, es quedarnos por puertas:

Si el que lea de la cruz á la fecha estas coplas de Calainos, es hombre que corta un pelo en el aire, no necesitará Dios ni ayuda para ver por tela de cedazo el valor político y hasta filosófico que encierran esas cuatro frases que nos han caído como llovidas del cielo.

Con el *juego de las instituciones*, haciendo

atmósfera, enjugando la deuda y castigando el presupuesto, vamos por el camino del progreso à uña de caballo é irémos á parar allá adonde Cristo dió las tres voces, si es que á la vuelta no lo venden tinto.

Ahora, saque el que pueda la pierna más allá de la sábana, y punto en boca.

XIV.

CONCLUSION

Bueno será que al doblar la hoja, pongamos tambien nosotros el paño al púlpito y echemos, como cada hijo de vecino, nuestro cuarto á espadas en el maremagnum de las conversaciones de puerta de calle, que, quieras que no quieras, traen revuelto el cotarro del mundo, porque no hemos de estar mano sobre mano, sin decir esta boca es mia, cuando anda la gente quitándose la palabra de la boca, haciendo cada cual de su capa un sayo.

Esto de hablar como descosidos es yá moneda corriente, y no hay alma de cántaro que no se nos suba á las barbas y escupa por el colmillo, y eche las campanas á vuelo sobre si

fué ó sobre si vino, soltando la taravilla venga ó no venga á pelo, que cada cual tiene en la punta de la lengua un discurso de cajon, con muchas razones de pié de banco, que arde en un candil, para que todos podamos vivir á la sopa boba.

El *quid* está en que *velis nolis* quede siempre la nuestra sobre el hito y pueda cada *quisque* arrimar el ascua á su sardina, que, en resumidas cuentas, la ocasion la pintan calva y entre bobos anda el juego.

Aquí todo bicho viviente quiere llevar su gato al agua y hacer su agosto, porque áun cuando el dinero anda por las nubes, la cosa es que no cae por la chimenea y hay que hacer el diablo á cuatro para no quedarse en la estacada; que eche usted por donde quiera, de tejas abajo, oros son triunfos y no hay más cera que la que arde.

No seré yo el que ponga las manos en el fuego sobre si somos ó no somos hombres de pelo en pecho, pues si bien es verdad que lo mismo somos para un fregado que para un barrido, es cosa de clavo pasado que en esta baraunda, en que todo va manga por hombro, nadie tiene pelillos en la lengua.

Es verdad que no hemos inventado la pólvora, aunque acerca de este punto eche-

mos las cuentas del Gran Capitan, pues no hay quien no tenga *in pectore*, como si dijéramos, entre ceja y ceja, que no es oro todo lo que reluce; pero si no podemos levantar el dedo, porque, al fin, no nos llega la camisa al cuerpo y cualquiera nos tose, el que ménos, más listo que Cardona, corta un pelo en el aire.

Y no hay que andarse por las ramas; la lengua es la que tiene la sarten por el mango. Se puede decir que ella cobra el barato, sin perjuicio de que andemos con la lengua por el suelo. Parece que, por juro de heredad, se ha apropiado el derecho de ser señora de horca y cuchillo, como si no hubiera que hacer en el mundo más que hablar por los codos, contarle los pelos al diablo y andar en un pié como las grullas.

No sólo se habla á tontas y á locas, que es lo mismo que hablar por boca de ganso, porque al freir será el reir, y ahí están los periódicos en los que se escribe cálamocurrente, es decir, con los piés. Esos correveidiles suelen bailar al són que les tocan; pero tienen siempre la masa hecha vinagre, y á lo mejor se les vuela el frasco, porque no se les cuece el pan, y los dedos se les antojan huéspedes, y á cada tríqui-traque andan á

la greña, tiran de la manta y adios mi dinero; esto es una olla de grillos.

Claro está que la razon anda á salto de mata, y que la verdad se queda con un palmo de narices; pero vaya usted á ponerle puertas al campo. Tirios y troyanos se tiran los trastos, no se paran en pelillos, se ponen de vuelta y media, arman la de San Quintin y hay que alquilar balcones para oirlos, porque en eso de más eres tú, todos tienen pico de oro; *plus minusbe*, este es el pan de cada dia.

Siempre está la pelota en tejado, porque unas veces por fas y otras por nefas, arde Troya que no se muerden la lengua, y ¡qué demonio! cada uno quiere arrimar el ascua á su sardina y llevar su gato al agua, y que otro cargue con el mochuelo.

Muy bien: yá estamos al cabo de la calle, nos ha costado estopas y pez, pero quiera que no quieras, la libertad del pensamiento está en candelero y nos encontramos como el pez en el agua, dispuestos á enseñarle los dientes al lucero del alba, y ruede la bola.

No digo yo que esto sea una balsa de aceite ni que atemos los perros con longanizas; pero correrémos el camino del progreso en volandas, sin Dios ni ayuda, ni rey ni

Roque, más alegres que unas castañuelas. Como sabemos donde nos aprieta el zapato, pondremos los puntos sobre las íes de manera que todo el mundo éntre por el aro y se dé con un canto en el pecho. Y todo así, de bóbilis bóbilis, por nuestra bella cara, como si hubiéramos resuelto la cuadratura del círculo ó puesto una pica en Flandes.

El hecho es que, de la noche á la mañana, nos encontramos manos á boca con que amaneci6 el sol de la libertad, que es el sol que más calienta, y viene diciendo «comedme,» y en un periquete nos subimos á la parra, y en buenas manos está el pandero. Así como así la vida es un trís, y hay que tener algo sobre que caerse muerto, que no hemos de estar siempre como tres en un zapato.

Muy bien; los tontos se harán cruces, porque ellos no saben de la misa la media; yá se vé, es gente que se ahoga en poca agua, y aunque nos mire de reajo, nos pone cara de Pascua. *Sotto voce*, nos pondrán como hoja de peregil, y harán de nosotros mangas y capirotos; pero no llegará la sangre al rio, porque no ven más allá de sus narices y no pueden levantar el gallo, y aunque la procesion vaya por dentro, ancha es Castilla.

El caso no deja de ser peliagudo, porque

al fin se fué el santo al cielo, y dále que le dále y erre que erre, nos encontramos con el agua al cuello, como quien dice, con las manos en la masa, y no es preciso quemarse mucho las cejas para comprender que al fin habrá que enseñar los puños y cortar por lo sano, ó pagar el pato.

Basta tener dos dedos de frente para dar en el clavo, de que yá no hay teje-maneje que pare el carro, ni ten con ten que ponga á raya este berengenal, que crece como la espuma, en el que nos hallamos metidos de hoz y de coz, y donde hasta los más incrédulos viven con el credo en la boca, porque se le van viendo las orejas al lobo y todos quieren alzarse con el santo y la limosna.

Hasta ahora se han echado las cuentas muy galanas, como si todo hubiera de salir á pedir de boca, es decir, por arte de birlibirloque; pero no se contó con la huéspedea, y cate usted otra vez á Periquillo hecho fraile: ahora empiezan las madres mias.

Y no hay que andarse en repulgos de empanada, creyendo que no es tan fiero el leon como lo pintan, porque tira de aquí, tira de allí, los que le buscan tres piés al gato quieren llevar tambien su vela en este entierro y no se paran en barras, son de la piel del demo-

nio, le cuentan los pelos al diablo, y no dan su brazo á torcer; ¡oh! yá sabemos como las gastan.

El día ménos pensado echan el carro por el pedregal, se las dan por concedidas y Dios los ponga donde haya. Ahora ofrecen el oro y el moro, porque la verdad es, que no les duelen prendas, pero si llegan á levantar el gallo y se suben á la parra, será lo que tase un sastre, que ellos van á Roma por todo y nos dejarán tocando tabletas.

Eso sí, todos los días tendremos toros y cañas, y al que no pueda poner piés en polvorosa y tomar las de Villadiego, no le arrienddo la ganancia. Sí, señor, todo vendrá como de molde, repicarán récio, habrá que desternillarse de risa, y vuelta á las andadas.

La cosa vendrá por sus pasos contados, volviéndose la tortilla en ménos que canta un gallo, y aquí te quiero, escopeta. Eso sí: no podremos llorar más que con un ojo, porque nos costará la torta un pan; ó hablando en plata, costará un ojo de la cara. Ahí tienen ustedes todo nuestro paño de lágrimas.

Muy bien: ¿y cómo se le pone el cascabel al gato? ¿Quién se echa el alma á la espalda, cierra los ojos y Cristo con todas? Averígüelo Vargas. Pero, entretanto, la cosa se cae de su

peso. No es ningún arco de iglesia, ni ninguna obra de romanos. Todo está reducido á poner piés en pared. No hay que abrir ni cerrar ningún libro para poner el dedo en la llaga.

Aunque se mire por tela de cedazo, no es menester calzar muchos puntos para ver, como tres y dos son cinco, que lo que nos tiene como palillo de barquillero, es un lio que cualquier sastre mira por encima del hombro, como asunto de tres al cuarto, porque bien tomadas las medidas, aquí no hay más que sentar las costuras, y si ponen el grito en el cielo, ahí les duele, porque esa es la señal de que ven las estrellas.

Salta á la vista que no está la Magdalena para tafetanes, pues ha ido tantas veces el cántaro á la fuente, que el más pintado se tentará la ropa ántes de echar á rodar los bolos. Quieren acabar de ponernos la ceniza en la frente, juegan á cartas vistas y aquí estamos, entre la espada y la pared, sin que nos valga la bula de Meco, porque, yá se sabe que del cuero salen las correas.

Esto es el órgano de Móstoles; nunca falta un quítame allá esas pajas, que caiga como una bomba, y empiece el *rum rum*, siga el *tole tole*, y á la vuelta de un dado, salga el sol

por Antequera. Y vaya usted á poner piés en polvorosa.

¿Y qué? Al freir será el reir. Entretanto, la capa no parece, pero un dia de vida es vida y adelante con los faroles.

Echemos, pues, nuestro óbolo en el platillo de las conversaciones, á la mar agua y cruz y cuadro.

He dicho.

INDICE

	<u>PÁGS.</u>		<u>PÁGS.</u>
IDILIO PATIBULARIO		FRASES HECHAS	
I. Noemia Lescuyer	11	I. Caprichos de la lengua.	137
II. El tribunal.	19	II. Creer á puño cerrado	145
EL BANCO		III. Creer á pié juntillas.	149
I. Los billetes	25	IV. Á ojos vistas	151
II. Las acciones	31	V. Estar de monos	155
CUENTA CORRIENTE		VI. Pelar la pava	163
I. Haber	39	VII. Dormir á pierna suelta	171
II. Déficit	51	VIII. Cantar la palinodia	175
LA EMOCION DEL DIA		IX. Echar la casa por la ventana	179
I.	65	X. Sin contar con la huésped	183
II.	79	XI. El juego de las instituciones.	187
LOS SUICIDIOS		XII. Hacer atmósfera	191
I.	95	XIII. Enjugar la deuda y castigar el presupuesto.	195
II.	105	XIV. Conclusion.	201
III.	115		
IV.	125		

OBRAS PUBLICADAS Y EN VENTA

Rs.	Rs.
Granos de arena , coleccion de poesias, por <i>D. Luis Montoto</i> , un tomo en 8. ^o 10	Gabriel García Tassara, precedida de varias poesias inéditas del mismo; un tomo en 4. ^o 28
Un retrato de mujer , por <i>D. José Selgas</i> , un tomo en 8. ^o 10	El Final de Norma , por <i>D. Pedro A. de Alarcon</i> , un tomo en 8. ^o 12
Pequeños poemas , por <i>D. Luis Montoto</i> , un tomo en 8. ^o 8	Nuevas poesias , por <i>J. P. Velarde</i> , un tomo en 8. ^o 12
Nuevos pequeños poemas y doloras , por <i>D. Ramon de Campoamor</i> ; un tomo en 8. ^o 16	Los restos de D. Cristóbal Colon , por el AUTOR DE LA <i>Biblioteca Americana Velutísima</i> 4
Tipos y costumbres españolas , por <i>D. Antonio Flores</i> , un tomo en 8. ^o 12	Noches en vela , poesias por <i>D. Eusebio Blasco</i> , un tomo en 8. ^o 6
Mundo invisible (continuacion de las ESCENAS FANTÁSTICAS), por <i>D. José Selgas</i> , un tomo en 8. ^o con 400 paginas. 16	Lecciones sobre electricidad , por <i>John Tyndall</i> , un volúmen en 8. ^o , con un <i>Album de láminas</i> 12
Antiguos manuscritos de Ciencia, Historia y Arte militar existentes en la Biblioteca del Escorial, por <i>D. Augusto Llacayo</i> , un tomo en 8. ^o 16	Historia del matrimonio , CUADROS VIVOS MATRIMONIALES, por <i>D. A. Flores</i> , un tomo en 8. ^o 8
Corona poética en honor del esclarecido poeta Don	Las ilusiones del Doctor Faustino , por <i>D. Juan Valera</i> , un tomo. 14

OBRAS EN PRENSA

El Otoño, coleccion de poesias de *D. José Selgas*.

Leyendas (segunda edicion), por *D. Manuel Cano y Cueto*.